



*Construyendo sentido sobre Internet
en el espacio de la diáspora:
la “otredad digital táctica”
de las mujeres latinas inmigrantes en Granada*

Cecilia Gordano
MA Gemma 2007-2009

Directoras de tesis:

Dra. Soledad Vieitez
Universidad de Granada



Dra. Sandra Ponzanesi
Universiteit Utrecht





Para mis abuelas Lida y Maruja

Resumen

El eje de esta investigación está conformado por las intersecciones entre Internet, migración y diferencia sexual, con referencia a un caso de estudio cualitativo sobre un grupo de mujeres latinoamericanas inmigrantes residentes en Granada, España, y sus relaciones con la comunicación mediada por ordenador. Para ello he apelado al método etnográfico de las entrevistas, recogiendo sus percepciones, discursos y prácticas con respecto a Internet, tomando en cuenta sus diferencias en edad, clase socioeconómica y ola migratoria, como variables de análisis interseccionales que se superponen y co-producen. Mi principal pregunta de investigación es ¿cómo las mujeres latinoamericanas inmigrantes residentes en Granada, España, dan sentido a la comunicación por ordenador al habitar el espacio de la diáspora? La respuesta se enmarca en el espacio interdisciplinario de los Estudios Feministas sobre tecnociencia y los Estudios Postcoloniales. Se trata de un ejercicio de “política situada de la tecnología” (Vehviläinen 2000:23) que toma en cuenta “el punto de partida de cada grupo particular” (Ibidem) para vincularse con la tecnociencia en el entorno de la vida cotidiana. Ello desafía enfoques tecnodeterministas y cuantitativos sobre los usuarios de Internet, a la vez que problematiza conceptos de amplia circulación en la actualidad, como sociedad de la información y brecha digital, desde una perspectiva de género. Asimismo, propone conceptualizaciones alternativas, tales como la “otredad digital táctica”, que revaloriza el carácter productivo de las diferencias encarnadas y situadas.

Summary

The backbone of my research project is made of the linkages and intersections between the Internet, migration and sexual difference, with reference to a group of Latin American women living in Granada, Spain, and their relationships with computed mediated communication via the Internet. Drawing on an ethnographic approach, I have made interviews to track the perceptions, discourses and practices related to the Internet among these women, taking into account their differences in age, class, education and migratory wave, as intersectional variables that overlap and co-produce each other. My main research question is How do Latin American migrant women in Granada make sense of the Internet in inhabiting the diasporic space? In order to answer it, I have drawn on the theoretical framework provided by the interdisciplinary fields of feminist cultural studies of technoscience and postcolonial studies. Thus this research proposes to practice a “located politics of technology” (Vehviläinen 2002:23), taking into account “the starting point of each group's concrete setting” (Ibidem) in everyday practices related to the Internet. This approach challenges technological determinism and quantitative readings on the study of Internet users as well as allowing for a deconstructive reading of key concepts such as information society and digital gap, from a gender perspective. Moreover it proposes alternative conceptualizations such as “tactic digital otherness” that values the productiveness of embodied and embedded differences.

Agradecimientos

Todo trabajo de investigación tiene un alto componente reflexivo, introspectivo y sobre todo, afectivo. Esta tesis de máster se ha vuelto un eje estructurador de mi vida desde que inicié mi formación en el máster Gemma, en setiembre de 2007. Parte de mi vida quedó en mi país de origen, Uruguay, al desplazarme primero a Utrecht, Holanda, y luego a Granada, España, para incursionar en esta apasionante aventura de formación académica y crecimiento personal. Las palabras de agradecimiento que siguen son entonces trasnacionales, porque en cada sitio y a cada paso he encontrado el apoyo y la confianza que han hecho este proyecto realidad.

En el espacio académico, destaco a mis tutoras Soledad y Sandra que han seguido mi recorrido de investigación y avalado mis opciones teórico-metodológicas. Asimismo, las profesoras y el personal administrativo de las dos universidades me han transmitido calidez humana e inspiración.

A nivel institucional, siento un profundo agradecimiento a la Comisión Europea por apoyar la financiación de mis estudios, otorgándome la beca que me ha permitido ser parte de este momento histórico, como es el formar parte de la primera generación de graduados del máster Erasmus Mundus en Estudios de las Mujeres y de Género en Europa.

En Utrecht como en Granada tuve la suerte de encontrar compañeras de estudio y de vida que han sido mi soporte emocional y académico en las diferentes etapas de este proceso. Quiero agradecer especialmente a Adda, una académica brillante y una amiga generosa y sincera que se involucró en mi trabajo como si fuera propio. Jelena, Katha, Dilan, Deana, Mariecke y Sanja creyeron en mi proyecto, me orientaron y, cuando mi autoestima enflaquecía, me dieron fuerzas para seguir. Ariana me orientó en el tema inmigración en Granada, y compartió conmigo su amplia experiencia y compromiso político al respecto.

Cuando se diseña un estudio de caso etnográfico, los testimonios de las entrevistadas son un componente esencial y por ello las mujeres que compartieron sus historias conmigo son devotas de mi mayor respeto y gratitud. También quienes posibilitaron estos encuentros en el marco de sus actividades: la Concejalía de Igualdad de Oportunidades del Ayuntamiento de la ciudad de Granada, la Fundación Albihar, la Asociación de Uruguayos y Uruguayas de Granada y la Asociación de mujeres inmigrantes uno=uno.

En todo este tiempo de lejanía física, mi familia me ha dado ánimos y me ha hecho sentir orgullosa de lo que hago y de lo que soy: mi mamá Leticia, mi papá Gerardo y mi hermanita Silvana; sin su cariño yo no sería ni podría. Y Seba, que confió en mí, me esperó dos años para que yo concretara este sueño y me acompañó en las etapas más cruciales.

Contenidos

Capítulo 1- Introducción	8
1.1 Marco teórico	15
Las dos caras de Janus,.....	16
Género y tecnociencia: interacciones, intersecciones y desencuentros.....	17
Mediación y movimiento en el espacio de la diáspora	24
Diálogos necesarios: teorías sobre migración, Internet y género	27
1.2 Metodología	29
Políticas de situación y de encuentro.....	29
En busca de la vida cotidiana	33
Capítulo 2- Internet y los discursos de la otredad	36
2.1 Sociedad de la información	37
2.2 Otredad positiva I: Internet como espacio virtual	39
2.3 Otredad positiva II: Internet como territorio de conquista y colonización	40
2.4 Otredad negativa: los usuarios y l@s otr@s	43
2.5 La(s) brecha(s) digitales(s)	44
2.6 La tercera brecha digital	49
2.7 Otredad digital táctica	52
Capítulo 3- Internet en el espacio femenino de la diáspora	56
3.1 Granada en el contexto de las estrategias públicas de inclusión digital	57
Asociaciones de inmigrantes	61
3.2 Las micropolíticas de Internet en la vida de las mujeres	61
Aprender y recordar	63
Las mamás conectadas	67
El tiempo	68
Capítulo 4. Conclusiones	71
Bibliografía	76

"Niña, te quiero decir
que tengo en computadora
un gigabyte de tus besos
y un floppy de tu persona

Niña, te quiero decir
que sólo tú me interesas
y el mouse que mueve tu boca
me formatea la cabeza

Niña, te quiero decir
que en mi PC sólo tengo
un monitor con tus ojos
y un CD-ROM de tu cuerpo

Niña, te quiero decir
que el Internet
de mis sueños
lo conecté a tu sonrisa
y al módem de tus cabellos

Yo quiero mandarte un recadito
ábreme tu e-mail
y enviarte un diskette con un poquito
de mi cariñito bueno para amarte”

“Mi PC”, canción de Juan Luis Guerra
Álbum *No es lo mismo ni es igual*

Introducción

Aún cuando no supiéramos quién compuso estos versos, sabemos que tiene ordenador, conexión a internet, y que está doblemente enamorado: de una niña y del ordenador. Un ejercicio imaginario de lectura deconstructiva me tienta a pensar que se trata de un varón heterosexual de clase media. En ese enamoramiento, el enamorado confunde los cuerpos y sugiere una feminización morfológica del ordenador. Pero lejos de una declaración de amor cyborg, las fronteras de los cuerpos están claramente delimitados: por un lado el de la mujer y el del ordenador, y por otro lado el del hombre que los describe y (con)funde. Hay metáforas y juegos lingüísticos ingeniosos, pero siempre desde el punto de vista masculino del enunciador que sitúa a ambos, niña y ordenador, como objetos de/para su deseo y consumo. Él posee computadora, “su” Pc, donde los besos de la niña son mensurables y su persona almacenable; controla su boca con un mouse y, desde el monitor, la visión unidireccional de él ve los ojos de la niña (así dadas las cosas, creo que los ojos de la niña no ven). Su sonrisa, su cabello, son fuentes de energía para él, enamorado de una niña sin raza, ni clase ni más sexualidad que la que él le confiere.

Con esta lectura no pretendo arremeter contra el artista, el cantautor dominicano Juan Luis Guerra, que ha conquistado a un público heterogéneo -en el cual me incluyo- con letras románticas y otras que tratan problemáticas sociales. Pero esta canción me resulta sugerente en muchos sentidos, como parte de una cultura popular muchas veces ilustrativa de las ansiedades que circulan en torno a realidades complejas y contradictorias. En este sentido, “Mi Pc” se hace eco de una revolución mediática y tecnocientífica que, hasta no hace mucho tiempo, era exclusividad de varones blancos occidentales de clase media y alta. Ellos han predominado en las etapas iniciales de desarrollo e investigación, en las etapas posteriores de diseño y comercialización, acceso y uso de las llamadas nuevas Tecnologías de la Información y Comunicación (TIC) de las cuales Internet forma parte. Al momento en que se escribe este trabajo, el perfil masculino predominante se mantiene en todos los espacios clave de toma de decisiones, cediendo lenta y paulatinamente al nivel de l@s usuari@s.

En este sentido, mi trabajo constituye un esfuerzo por entender el fenómeno de Internet a nivel de usuari@s desde una perspectiva diferente, que valore las experiencias de un grupo de mujeres particulares, privilegiando sus testimonios por sobre las miradas que las construyen como meras “niñas” consumidas/consumidoras de la comunicación mediada por ordenador. El trayecto que propongo invita, no sin obstáculos y contradicciones, a componer otros versos, a escuchar otras partituras y a presenciar otras coreografías sobre las “experiencias usuarias” de

Internet. Se trata de un proyecto que continúa mi línea de trabajo como coordinadora de talleres de capacitación sobre TIC con mujeres en Montevideo, Uruguay, y que, a partir de mi movilidad geopolítica de América Latina a Europa y de la formación académica enmarcada en el programa GEMMA, he enriquecido a nivel teórico, metodológico y reflexivo¹.

En 1998, el año en que se lanzaba la canción de Juan Luis Guerra, el porcentaje de usuarios varones occidentales educados predominaba en todas las estadísticas, tanto en los primeros países en conectarse a Internet, como EE.UU. (Media Awareness Network), como en los países de regiones más relegadas en la masificación de las conexiones, como es el caso de América Latina (Bonder 2002). Recientemente, este hecho parece haberse revertido y en diversas regiones del globo, los porcentajes de hombres y mujeres que acceden a Internet reflejan cierta paridad (ITU 2006). Pero una celebración acrítica de esta tendencia no sería prudente por varios motivos, entre los que destaco las limitaciones de los estudios cuantitativos como fuente única para explicar la realidad. Por más obvio que ello pueda parecer, la tradición positivista del conocimiento científico occidental continúa adherida a muchos enfoques académicos, cual una membrana invisible que se resiste a filtrar los aportes del saber cualitativo. En este sentido, las estadísticas sobre usuarios de Internet dejan el gusto amargo de un puzle al que le faltan piezas, de una información sin rostros, ni cuerpos ni voces, que camufla proyecciones y anhelos en la formulación de conclusiones apresuradas.

Los enfoques cuantitativos en los estudios sobre tecnociencia son parientes cercanos del paradigma tecnodeterminista que ha impregnado gran parte de la historia de las telecomunicaciones, y cuyo principal slogan se reduce a que la tecnología conduce al cambio social. La tecnología, definida aquí como aparatos, mecanismos y programas, impactaría siempre positivamente en la sociedad, concebida como un dominio separado e incontaminante. Este reduccionismo impide considerar un aspecto fundamental:

“los ricos entrelazados entre los medios tecnológicos, la acción humana y la estructura social (...), las actividades o prácticas de comunicación en la que nos involucramos para desarrollar y usar esos dispositivos; y los arreglos sociales u organizacionales que se generan alrededor de los dispositivos y las prácticas” (Lievrouw and Livingstone 2002:7, *mi traducción*).

¹ Lo reflexivo es entendido aquí en el sentido discutido por Hayles como “el movimiento por el cual aquello que se ha utilizado para generar un sistema se vuelve, por medio de un cambio de perspectiva, en parte del sistema generado” (1999:8). Volveré a ello en el apartado sobre metodología, en el capítulo primero.

Esta mirada, popularizada por los enfoques que destacan la construcción social de la tecnología, es doblemente relevante para mi investigación. Primero, constituye un punto de partida para considerar las implicancias sociopolíticas, económicas y culturales de la comunicación mediada por ordenador a través de Internet en tiempos de globalización. Segundo, habilita un marco interpretativo para considerar los artefactos tecnológicos como vehículos de sentido, modelos para “pensar con” (Geertz 1973 citado en Lie 2003:252), que adquieren un simbolismo que marca períodos históricos así como mecanismos de identificación (Leander 2002), según variables de género (Lie 2003), edad, clase socioeconómica, nacionalidad, entre otros.

Cuando Internet trascendió las fronteras de sus orígenes militares en los laboratorios estadounidenses, primero a las universidades y luego al público en general a principios de los años 90, el paradigma tecnodeterminista reverberó en una ola de optimistas ciberdiscursos que enmascararon la red de redes en un imaginario revolucionario y emancipador, prometiendo “superar las limitaciones del tiempo, el espacio o la corporalidad” (Eisenstein citada en Paasonen 2000). Los ciberdiscursos han crecido en cantidad y pretensiones, producidos por actores tan diversos como hackers, hombres de negocios, políticos y activistas de derechos humanos². Su lógica trae reminiscencias de los grandes relatos de la modernidad que insisten en un desarrollo progresivo y lineal de los acontecimientos hacia un futuro mejor, esta vez promovido por la circulación y disponibilidad de información con valor de cambio. De hecho, “el determinismo tecnológico ha sido un tema prominente en explicaciones de la modernidad y el progreso social” (Lievrow 2002:185) y ha evidenciado cuán problemático es el separar las TIC del “panorama social que precede, da forma, contextualiza y continúa después de cualquier innovación tecnológica” (Lievrow 2002:17).

Atender a este panorama social exige un enfoque glocal, es decir, un marco interpretativo que contextualice realidades concretas de grupos de personas específicas, y sus relaciones con la tecnología en el escenario móvil de un mundo cada vez más interdependiente e interconectado, o sea, globalizado. Un concepto clave para pensar la actualidad es el de flujos transnacionales: movimientos multidireccionales continuos de capitales, información, imaginarios y personas que, con mayor o menor fortuna, atraviesan las fronteras geopolíticas y desdibujan los alcances y definiciones de los estados-nación (Appardurai 2002; Castells 1996). El movimiento no es lo novedoso de este fenómeno; tampoco los sistemas de poder que habilitan o frenan unos y otros.

² Algunos ejemplos son John Barlow, fundador de la Electronic Frontier Foundation (Featherstone&Burrows 1995), Bill Gates, fundador de la empresa Microsoft, Nicholas Negroponte, y el demócrata Al Gore (Mosco 2004), Vice Presidente de los EE.UU entre 1994 y 2001 .

Lo que históricamente marcaría un punto de inflexión es la velocidad, escala y volumen de circulación de estos flujos, sus articulaciones y desuniones, cómo ello repercute en diferentes regiones del globo simultáneamente (Appadurai 2002) y en las personas y grupos de modo diferencial.

En este escenario de continuidades y quiebres, me interesa abordar las intersecciones entre Internet, migración y diferencia sexual por entender que abre espacios reflexivos donde confluyen viejos y nuevos paradigmas de desigualdad, cambio y resistencia. Las poblaciones inmigrantes comienzan a adoptar Internet para mantener los lazos afectivos, culturales y económicos con sus comunidades de origen, a la vez que construyen nuevas formas de integración en las sociedades de acogida, ya sea buscando asociarse con otros compatriotas en la diáspora, buscando espacios laborales, de ocio y recreación en su nueva locación geopolítica. En este contexto, me interesa focalizar esta investigación en la población femenina inmigrante para dar cuenta del supuesto vinculado a las relaciones entre las TIC y los sistemas de género. Se trata de la percepción cultural que existe en general hacia la tecnología, que la define como neutral a las relaciones de género o como un campo de dominio masculino en el cual “las mujeres tienden a definirse como no expertas” (Henwood citada en Vehviläinen 2002:275, *mi traducción*), especialmente cuando las diferencias sexuales se intersectan con variables de edad, nivel educativo y socioeconómico, entre otras. Este trabajo aspira a retratar cómo mujeres específicas se relacionan con Internet al nivel de usuarias en el marco de sus proyectos migratorios, explorando los matices que van desde las vivencias de usuarias actuales hasta el anhelo de otras de serlo en un futuro cercano, sus expectativas, sus miedos, sus frustraciones, sus motivaciones. La pregunta que ha guiado mi investigación se sintetiza en:

¿Cómo las mujeres latinoamericanas inmigrantes residentes en Granada, España, dan sentido a la comunicación por ordenador al habitar el espacio de la diáspora?

Para responderla, he recurrido al método etnográfico de la entrevista, que realicé a 14 mujeres entre los meses de febrero a abril de 2009. Los resultados están precedidos y contextualizados por una exploración teórica de varios pliegues disciplinarios, ideológicos y epistemológicos sobre los debates que han derivado en la necesidad de enfoques feministas sobre Internet, migración y las combinaciones que de ello se deriven.

Indagar los motivos de una literatura escasa al respecto supera las ambiciones y posibilidades de esta investigación. Podría aventurar que las tendencias mayoritarias en los

Estudios sobre Internet han influido en invisibilizar cómo grupos particulares se aproximan a una tecnología que dista de ser masiva, por su reciente aparición y desigual distribución geopolítica, social y cultural. Estos estudios tienen un fuerte sesgo cuantitativo y universalista que suele catalogar a las personas en términos de conectados y no conectados, sin afinar los instrumentos conceptuales y metodológicos que den cuenta de una realidad compleja en la que barreras estructurales y culturales destinan de antemano quiénes ocupan una y otra categoría binaria. La elección de mi tema de estudio ha sido motivada en parte por la preocupación que me genera la proliferación de enfoques tecnodeterministas y la consecuente falta de investigaciones sobre Internet en la cotidianidad de sujetos encarnados y situados. Me he inspirado en autores que proponen la necesidad de realizar una “etnografía de los usos cotidianos de Internet” (Bakardjieva 2005, Silverstone 2003) y han llamado la atención sobre la importancia de explorar las primeras experiencias de quienes se inician como usuarios (Van Dijk&Hacker 2003, Frissen 2005:271).

Mi trabajo se inscribe en los estudios emergentes de la cultura de los medios en la diáspora que comienzan a explorar las intersecciones de los cambios socio-demográficos (migraciones) y tecnológicos (TIC) en las sociedades postindustriales. Los testimonios de las mujeres me permiten argumentar que las dinámicas de sus proyectos migratorios les han motivado a incursionar en Internet, superando barreras personales y estructurales que las situaban, consciente o inconscientemente, como ajenas a la comunicación mediante ordenador. Este ambicioso proyecto implica aunar tradiciones teóricas, epistemológicas y metodológicas divergentes y emergentes, como son los Estudios Culturales Feministas sobre Ciencia y Tecnología y los Estudios Postcoloniales. Si bien hay tensiones entre ellos, comparten “el compromiso político de dar cuenta de las culturas y subjetividades de grupos oprimidos de la sociedad” (Lykke 2002:139). Los primeros surgen de la intersección de tres áreas interdisciplinarias subversivas, tanto por su lugar marginal en el canon de las ciencias humanas y sociales, como por su tendencia a transgredir los límites disciplinarios de teorías, métodos y enfoques (Lykke 2002): los Estudios Culturales, los Estudios Feministas y los Estudios Sociales sobre Ciencia y Tecnología.

Las teorías postcoloniales, por su parte, proveerán el marco específico para contextualizar los actuales flujos dispares de recursos y de personas, heredados de la época colonial, y la conceptualización de la subalternidad. Desde su surgimiento, en el seno de los Estudios Literarios a partir de la segunda postguerra, el enfoque postcolonial se ha extendido a varias disciplinas y áreas de estudio comprometidas con las consecuencias materiales-discursivas del

imperialismo europeo y su actualización en nuevos ejes de poder en lo que se ha dado en llamar el neocolonialismo (Ashcroft et al. 1998: 186-192). A pesar de las críticas sobre lo postcolonial como un corpus opaco, ambiguo e incluso cómplice del capitalismo global que aspira a combatir (Dirlik 1997), me resulta necesario para el análisis de los nuevos medios y las diversas líneas de investigación que revelen los complejos parentescos entre patriarcado y colonialismo (Fernández 1999).

En el capítulo primero, trazaré el mapa genealógico de las teorías y conceptos clave que han guiado el trayecto de mi investigación, así como las opciones y desafíos metodológicos. Ello incluye una reflexión sobre las dificultades de abordar fenómenos de reciente aparición histórica como lo es Internet y la diversidad de enfoques e intereses suscitados en las agendas académicas. No puedo eludir inscribir el fenómeno Internet en el desarrollo de la tecnociencia y las respuestas feministas a ambos, que proveerán el contexto teórico para posicionar mi estudio como un esfuerzo por difuminar las dicotomías que ordenan y jerarquizan las diferencias en el pensamiento occidental: hombre/mujer, mente/cuerpo, tecnociencia/cultura, nativos/inmigrantes, conectados/no conectados, Uno/Otro. Gran parte de este trabajo estará dedicado a indagar cómo Internet se inscribe en un entramado discursivo que ensalza su potencial democrático y emancipador, especialmente para los grupos de las sociedades más desfavorecidos y cómo, mientras lo presenta como una panacea para injusticias, desigualdades y exclusiones, las exagera al posicionar a los excluidos en el lugar de Otros. En el segundo capítulo propongo analizar los mecanismos de otredad activados por estos discursos, distinguiendo los que sirven a intereses principalmente económicos que ven en Internet una oportunidad para ampliar mercados, de aquéllos que otorizan a las personas que no cuadran en el perfil del usuario tipo. Conceptos como la *sociedad de la información* y la *brecha digital*, servirán para apoyar mi argumento de que los modelos universalizadores no alcanzan para aproximarnos a la complejidad y dinamismo de las experiencias humanas. Lejos de reinstaurar la dicotomía Uno/Otro, mi intención es dar cuenta de su existencia a nivel de los ciberdiscursos para aproximarme a propuestas alternativas que implosionen ese binarismo. Me inspiraré en la conceptualización de lo Otro, lo minoritario y lo marginal como espacios estratégicos desde los cuales adaptar las ideologías dominantes a la realidad de las prácticas y pensamientos cotidianos. Antes de pasar al análisis y contextualización de los testimonios de las mujeres entrevistadas en el capítulo tercero, ofreceré un lugar analítico para habitar que llamo “otredad digital táctica”. Este espacio está pensado para quienes son triplemente interpeladas como otras por la superposición de sistemas estructurantes hegemónicos de nuestro tiempo: el sistema de género

que las otorga como mujeres, el sistema capitalista que las otorga como inmigrantes y el sistema democrático que las otorga como ciudadanas de segunda al nivel de la inclusión digital.

Mucho se ha escrito y se escribe sobre los beneficios -y también las desventajas- que las TIC representan para los más desposeídos pero ¿Qué esperan de y cómo vivencian las aludidas estos supuestos beneficios? ¿Qué las motiva a incursionar en Internet? ¿Es posible trazar similitudes en sus motivaciones, más allá de sus diferentes perfiles? ¿Qué aspectos confirman o desafían las teorizaciones feministas sobre género y tecnología? ¿Cuáles coinciden con las asunciones previas que motivaron mi investigación? ¿Cuáles problematizan mis asunciones? Las respuestas a algunas de estas preguntas están dadas en las visiones emic³ que recojo en el capítulo tercero y que, con mucha cautela, intentaré sistematizar en las conclusiones.

³ La perspectiva **emic** es un concepto antropológico para designar las construcciones simbólico-discursivas de los sujetos o “insiders” de una cultura dada estudiada por el antropólogo; se trata de visiones subjetivas, específicas de quien las enuncia. Lo emic debe entenderse en relación con la perspectiva **etic**: aquella elaborada por el sujeto investigador a partir de su interpretación de lo observable o deducible a partir de los testimonios de los sujetos estudiados. Estos conceptos no deben ser entendidos como opuestos o dicotómicos, sino como “dos etapas de un proceso dialéctico (...) en el cual el estudio etic es el medio a través del cual el/la investigador/a se acerca a un lenguaje y es capaz de descubrir su estructuración emic interna” (Hymes citada en Hickerson 1992:187, *mi traducción*).

“I feel aligned with ways of getting at the world as a verb, which throws us into worlds in the making and apparatuses of bodily production- without the categories of form and matter, and sex and gender”

Donna Haraway (2004:330)

1.1 Marco teórico

Aproximarse a Internet como área de investigación académica presenta complejidades teóricas y metodológicas de envergadura, que plantea múltiples desafíos para quienes incursionamos en ella. Primero, se trata de un fenómeno de reciente aparición histórica, cuyos alcances y posibilidades están siempre en debate. Esta contemporaneidad le imprime un carácter escurridizo como objeto de estudio móvil y dinámico, difícil de capturar en su totalidad, y plagado de terminología que urge ser precisada cada vez. En diferentes ámbitos de la sociedad nos hemos familiarizado con palabras, frases y conceptos que dan cuenta de los cambios acaecidos a partir de la expansión de las TIC. En poco tiempo, pasan de ser neologismos a clichés, de jerga de especialistas a sentido común. Parece que el vértigo de tantas innovaciones y promesas se instala también en un vocabulario en creciente expansión que sufre o goza la necesidad humana de nombrar para entender y actuar. Circulan en diferentes direcciones y son apropiados por múltiples actores en diversos contextos y situaciones: la academia, los gobiernos, las empresas, los activistas, l@s usuari@s, los consumidores, los medios masivos, l@s vecin@s en el bar. Sin embargo, esta circulación no siempre es inocente, ni aleatoria, ni horizontal. Las palabras contienen ideologías y sistemas de poder (Foucault 1988). Ser consciente de ello me ha permitido cuestionar y desaprender palabras que antes utilizaba irreflexivamente al referirme a Internet y que, a lo largo de la investigación, se me revelaron como pilares de los discursos hegemónicos, en especial aquéllas que toman como referencia paradigmas de desarrollo y evolución y hablan de tecnologías en términos de “avances” e “impactos”.

Un segundo desafío que plantea Internet como objeto de estudio es cómo su emergencia y expansión han ido acompañadas de una trama discursiva densa en predicciones futuristas y promesas emancipadoras, características de un paradigma determinista que ha impregnado las etapas iniciales de las innovaciones científico-tecnológicas, dando la impresión de que “la historia tartamudea” (Flichy 2007:1). Como antes sucedió con la imprenta, la electricidad, los trenes, la radio y la televisión (Mosco 2004:22), Internet despierta toda clase de especulaciones y asunciones sobre su potencial democratizador y liberador para todos los ámbitos de la sociedad.

Tercero, y en estrecha vinculación con los puntos anteriores, la prolífica y diversa producción académica que ha suscitado plantea numerosas disyuntivas y encrucijadas para quienes nos iniciamos en esta área de estudios. Sucesivas investigaciones van formando paulatinamente un corpus teórico-metodológico que dista de ser homogéneo y coherente, por la gran variedad de enfoques, interpretaciones e intereses en juego. No hay canon (Leung 2005:14) sobre el cual construir bases sólidas para la propia argumentación. Mi sensación es que la bibliografía al respecto parece reproducir la lógica de los hipervínculos, en su multiplicidad, interconexiones y serendipias. Por un lado, ello me atrae sobremanera, porque permite exploraciones, contrastes, devenires. Por otro lado, debo reconocer que me abruma cuando busco referencias que guíen el trayecto de mi investigación y debo desmenuzar cada autor y cada obra para separar las evidencias empíricas, de las asunciones ideológicas, de las convicciones políticas, de los clichés, de las ansiedades y deseos de futuro que este tema despierta. Al final del día, mi desorientación es recompensada cuando encuentro enfoques que comparto y con los que me identifico como académica feminista que navega estas aguas. Mi bibliografía de referencia refleja en gran medida ese dinamismo y la considero una pieza única e irreproducible, aún cuando otras personas investiguen el mismo tema que hoy me ocupa. No es una afirmación producto de celo y orgullo, sino de la convicción de que confeccionar una bibliografía contiene etapas de selección e ingredientes afectivos propios de las autobiografías y que, aunque sea parcialmente, reflejan nuestras historias y trayectorias de vida.

Las dos caras de Janus

Como parte de una generación que ha crecido con la emergencia de Internet, he experimentado personalmente los cambios y continuidades, limitaciones y potenciales atribuidos a la digitalización de la comunicación humana. Esta experiencia está marcada por varios estados anímicos y reflexivos a través de los cuales he devenido de posiciones tecno-optimistas en tecno-pesimistas y viceversa; y ahora busco una posición intermedia entre los polos. Por tecno-optimismo, tecnofilia o, al decir de Ingrid Maria Hoofd, “tecno-felicidad” (2008:2), me refiero a las posiciones que abrazan los cambios tecnológicos como positivos en sí mismos para el avance y desarrollo de las sociedades, sin promover críticas contextualizadas. Esta visión se enraiza en las tradiciones más arcaicas que posicionaron a la ciencia y la tecnología como discursos autoritativos de conocimiento verdadero, así como en posturas tecnodeterministas que explican la relación entre tecnología y sociedad en términos de dominios separados en los que la primera

impacta beneficiosamente a la segunda. El tecno-optimismo también alimenta la visión contraria, el tecno-pesimismo o tecnofobia, pero en sentido inverso, al considerar a las tecnologías como perjudiciales, ya sea para la humanidad en su conjunto como para grupos específicos de la sociedad y otros organismos no humanos. Esta polarización podría considerarse una variación de las diferencias argumentales entre apocalípticos e integrados, según expuso Umberto Eco en la obra homónima de 1965, sobre las actitudes hacia la emergente cultura de masas. Ambos enfoques han imbuido los debates sobre tecnociencia en general, así como los debates particulares sobre Internet.

De larga data, las polarizaciones pro y contra los cambios tecnocientíficos se actualizan y reviven una y otra vez ante variados escenarios. El boom de Internet a principios de los 90 en Norteamérica y su creciente expansión a otras regiones del globo es uno de tantos ejemplos recientes. Un halo de optimismo ha envuelto los discursos sobre Internet, cuyas promesas de beneficio social, cultural, político y económico han sido repetidas cual mantras por diversos actores, inclusive muchas feministas. Wajcman identifica en los feminismos una etapa inicial de pesimismo generalizado, a comienzos de los 70, producto de la dominación masculina en las áreas tecnocientíficas, y una etapa posterior, a partir de los 90, en la que “los recientes desarrollos del ciberespacio y las tecnologías digitales” se viven con gran optimismo (2006:50).

En lo que a este trabajo respecta, me parece adecuado invocar la imagen del dios romano Janus, con su cabeza de dos caras mirando en sentidos opuestos pero con un campo visual de 360 grados. Así Bruno Latour ilustraba el ambiente postmoderno que enlazaba las visiones pesimistas y optimistas con respecto a la tecnociencia después de la segunda guerra mundial, sin que una primara sobre la otra (Latour citado en Sassower 1995:4). Con Janus, también dios de puertas y portones, comienzos y finales, me gustaría empezar trazando un recorrido por los laberintos conceptuales y teórico-epistemológicos que me han guiado en esta investigación.

Género y tecnociencia: interacciones, intersecciones y desencuentros

Si bien esta investigación se focaliza en ciertas experiencias usuarias de Internet, entiendo pertinente situarla en el contexto más amplio de los debates feministas sobre las tecnociencia, ampliamente teorizada en los últimos años (Faulkner 1996 citada en Leung 2005: 16, Cockburn & Ormrod 1993, Wajcman 1991 y 2006, Vehviläinen 2000).

He optado por adoptar el término “tecnociencia” en consonancia con la adhesión de esta investigación a los esfuerzos por difuminar la rigidez de las fronteras y los límites -en este caso

conceptuales- que separan ciencia y tecnología como dominios vecinos pero claramente diferenciables entre sí y con otras áreas del conocimiento y la sociedad. Primero Bruno Latour en 1987 (Barnes 2005) y luego Jean-François Lyotard (Sassower 1995) lo utilizaron para referirse a la interdependencia de ciencia y tecnología. Barnes distingue tres giros semánticos en la relación histórica entre ambos términos, cuyos aciertos y errores tienen implicancias en las formas actuales de entender cada una. El primer giro se centra en una distinción irreconciliable entre el conocimiento teórico de las cosas (*scientia, episteme*) y el conocimiento como habilidades y competencias (*ars, techne*), distinción muy típica del siglo XIX y que todavía reverbera hoy en muchos discursos. Ello se corresponde con “una amplia diferenciación cultural e institucional, y los cambios correspondientes en la naturaleza y grado de la división del trabajo en las sociedades” (Barnes 2005:144). Un segundo giro semántico estuvo marcado por el posicionamiento del conocimiento científico y las habilidades técnicas como saberes distantes de la vida común, vueltas sub-culturas especializadas, practicadas por especialistas que actúan “en nuestro nombre”. El tercer giro, coincide con la tendencia actual de considerar ciencia y tecnología en términos de prácticas y procesos relacionados, organizados y situados socialmente (Barnes 2005) y, como detallo más adelante, es el que informa mi investigación.

En los Estudios Feministas, el aporte clave para entender la superposición de ambos dominios, su carácter procesal y su enraizamiento en lo sociocultural, está dado por el trabajo pionero de Donna Haraway, para quien “la ciencia es práctica cultural y cultura práctica” (1997:83) y la tecnociencia un “universo específico, finito y semiótico-material” (1997:19) producto de múltiples conexiones:

“La tecnociencia excede de manera extravagante la distinción entre ciencia y tecnología, naturaleza y sociedad, sujetos y objetos, natural y artificial, que estructuran el tiempo imaginario llamado modernidad. Utilizo la palabra tecnociencia con el fin de significar una mutación en la narrativa histórica (...) La palabra tecnociencia, transgénica y fusionada de forma promiscua, comunica la calidad de sus dominios a través de un cierto tipo de onomatopeya visual. Hace un tiempo, en otro terreno narrativo etnoespecífico estrechamente vinculado llamado filosofía occidental, estas entidades eran pensadas como sujetos y objetos y conocidas como los actores y actantes más selectos y estables en la Mayor Historia Jamás Contada, la del hombre y la modernidad (1997:20).

Como para Haraway, mi uso de tecnociencia no es una mera opción lingüística sino que tiene implicancias políticas que refutan el discurso hegemónico de la modernidad y su defensa de la ciencia como una entidad impoluta, ajena a la contaminación de la sociedad. Así “las fusiones

de categorías están en juego (...) ciencia y política, ciencia y sociedad, o ciencia y cultura” (1997:81). Ciertamente es que en la literatura feminista es posible distinguir focos de atención en la ciencia y la tecnología como dominios separados, con correlatos sobre el saber y el hacer respectivamente. Así los trabajos de Cockburn & Ormrod (1993), Wajcman (1991⁴) y Vehviläinen (2000) constituyen ejemplos de posiciones feministas que han explorado y teorizado la coproducción de género y tecnología (tecnologías reproductivas, domésticas, ofimáticas y, más recientemente, las TIC). Los trabajos precursores de Genevive Lloyd, Evelyn Fox Keller y Susan Bordo se han centrado en los estudios de la ciencia y los debates epistemológicos que, entre otras cosas, destacaron el androcentrismo disfrazado de universalismo en la producción de conocimiento (Code 1998:174) e inspiraron los Estudios Feministas sobre Ciencia y las contribuciones clave de Susan Harding y Donna Haraway, entre otras.

Los Estudios Feministas sobre Internet nacen de las reflexiones que desde los 70 se concentran en el análisis de las relaciones entre género y tecnociencia (Wajcman 2006: 25)⁵. Varias autoras han elaborado genealogías para dar cuenta de cómo diversos enfoques feministas se han ido entrelazando en los discursos académicos de la teoría social *mainstream* sobre las innovaciones tecnológicas, sus aportes y limitaciones, y cómo estos antecedentes históricos conforman una brújula para comprender políticas públicas y debates hoy (Gill&Grint 1995, Henwood 1993, Wajcman 1991 y 2007, Vehviläinen 2000, Wood 2000 citada en Gurusurthy 2004). Las reflexiones de Judy Wajcman me han resultado especialmente ilustrativas por su inmersión en el tema a lo largo de su carrera académica y la capacidad crítica y reflexiva desarrollada a través de los años, especialmente en el período comprendido entre 1991 y 2006, los años de publicación de dos de sus obras paradigmáticas al respecto. Por ello, en este recorrido me resulta relevante citar y referirme a su trabajo in extenso.

En medio del auge del tecnodeterminismo en los 70, dos escuelas de pensamiento cuestionan desde distintos frentes las promesas de cambio social a través de los avances tecnológicos. Por un lado, las feministas de la segunda ola, denuncian la ausencia de las mujeres y la complicidad de la tecnología en la reproducción del modelo patriarcal (Wajcman 2006:25). Por otro lado, sociólogos e historiadores (Barnes 2005) que construyen las bases de los Estudios Sociales de la Tecnología o “Social Shaping of Technology” (SST), al enfatizar:

⁴ En “El tecnofeminismo” (2006) en que Wajcman revisa y actualiza su trabajo de 1991, adopta el término tecnociencia pero sin una definición precisa y parece alternarlo indistintamente con la frase “ciencia y tecnología”

⁵ Hecha la salvedad de mi preferencia por la terminología cyborg de tecnociencia, respetaré la terminología empleada por cada autora al referirme a sus ideas, por considerarlo producto de un contexto histórico y conceptual específico y para que los vaivenes terminológicos no interfieran en las argumentaciones.

“la importancia de las opciones y acciones humanas en el cambio tecnológico, en vez de ver la tecnología como política y éticamente neutral, como una fuerza independiente con sus propios motivos y lógica inevitables, o una misteriosa caja negra que no puede analizarse socialmente” (Lievrouw 2002:185, *mi traducción*).

Como veremos más adelante, la combinación de ambas críticas derivará en productivos enfoques tales como los Estudios Culturales Feministas sobre Tecnociencia. Los esfuerzos feministas por posicionar el género como variable de desigualdad con respecto a la tecnología se asocian a las corrientes políticas propuestas por Alice Jaggar: liberal, radical o ecofeminista, y socialista (Jaggar 1986). Como observa Wajcman, cada una de estas corrientes centró sus críticas y propuestas en diferentes áreas: la educación científica (liberal), las tecnologías reproductivas (radical), y las tecnologías domésticas y ofimáticas (socialista). A su vez, algunas de ellas podrían leerse como correlatos de las corrientes epistemológicas teorizadas en los años 80 por Sandra Harding, en los paradigmas científicos empiricistas (liberal) y standpointistas (radical y socialista) respectivamente. Las correspondencias no son estancas ni absolutas y, en la actualidad, los enfoques ideológicos y sus correlatos epistemológicos no están tan diferenciados, sino que se superponen y se han influenciado mutuamente. Sugerir estas conexiones contribuiría a la conceptualización híbrida de lo tecnocientífico, al hacer dialogar teorías sobre género y tecnología -inscriptas en periodizaciones histórico-político-ideológicas- con teorías sobre género y ciencia -inscriptas en las periodizaciones epistemológicas-.

Las teóricas liberales identificaron como principal problema el acceso a la educación y al empleo de las mujeres al ámbito científico tecnológico y plantearon soluciones en términos cuantitativos, de igualdad de oportunidades (Wajcman 2006:27). Esta corriente de pensamiento se inscribe en los preceptos filosóficos del feminismo de la igualdad característico de la primera ola, según el cual las mujeres deben poder competir en cualquier área en igualdad de condiciones. La debilidad de este planteo es que exige una adaptación de las mujeres a entornos construidos por y para varones, apostando por una integración a través de la asimilación en vez de cuestionar las bases mismas de los constructos patriarcales. Wajcman lo expresa así:

“Esta tradición feminista liberal sitúa el problema en las propias mujeres (su socialización, sus aspiraciones y valores) y no se plantea cuestiones más amplias referentes a si la tecnociencia y sus instituciones podrían redefinirse para dar cabida a las mujeres -y de qué manera lo harían” (Ibídem).

Estos discursos tienen su correlato epistemológico en el empiricismo, según el cual la ciencia y la tecnología son campos de conocimiento objetivos, neutros e independientes de influencias externas, incluyendo el género de los sujetos. “El sexismo y el androcentrismo se interpretaban como desviaciones sociales sujetas a corrección a través de una adhesión más estricta a las normas metodológicas de la investigación científica” (Wajcman 2006:30). Otra crítica extensible a la ideología liberal es su conceptualización del poder como un atributo individual que se manifiesta en la relación entre personas, pero no atiende al poder arraigado en las estructuras sociales (Wajcman 2006:39).

Estos planteos fueron fuertemente cuestionados por los feminismos radical y socialista que, si bien partían de premisas diferentes, rechazan la neutralidad de la tecnología y coinciden en afirmar que las relaciones de género están íntimamente imbricadas en los procesos científico-tecnológicos. El giro radical y ecofeminista, de raíces marxistas, atendió a los modelos de producción capitalistas. La ciencia moderna se concibe desde esta perspectiva como mecanismo de explotación y dominación⁶, imbuida de ideología según los intereses socioeconómicos de las clases dominantes. Por ello las radicales apostaron por conocimientos y prácticas alternativas, en consonancia con los ideales femeninos pacifistas y solidarios. En suma, una ciencia de las mujeres diferente de la ciencia de los hombres. Esta posición tiene su correlato epistemológico en las teorías “standpointistas” o perspectivistas desarrolladas principalmente a partir del trabajo de Sandra Harding (1986, 1993).

Las principales críticas a estos enfoques coinciden en “su tendencia al esencialismo (...) y hacer caso omiso del papel de la cultura y de la historia a la hora de conformar las necesidades y las prioridades de las mujeres en distintos contextos, ignorando la manera en que la experiencia de las mujeres está dividida en función de su clase, raza y sexualidad” (Wajcman 2006:39). En este sentido, las radicales posicionaban a las mujeres como víctimas pasivas de los “impactos” tecnológicos patriarcales y capitalistas (Wajcman 2006:49). Por ello entiendo que el feminismo radical encarnó, sin proponérselo, un determinismo tecnológico invertido, según el cual las tecnologías patriarcales impactaban en las mujeres negativamente sin que éstas tuvieran la capacidad de cuestionarlas y cambiarlas en relaciones alternativas⁷. Más allá de las críticas, estas posturas visibilizaron las políticas de la tecnología, los sistemas de poder y jerarquías en juego,

⁶ No todas las feministas radicales se posicionaron contrarias a los avances tecnológicos. El caso más paradigmático tal vez sea el de Shulamith Firestone, quien en *The Dialectic of Sex: The Case for Feminist Revolution*, publicado en 1970, argumentó cómo los avances en las tecnologías reproductivas eran liberadores para las mujeres.

⁷ Esta es una autocrítica que Wajcman hace de su trabajo inicial, *Feminist confronts technology* (Wajcman 2006:49)

sentando las bases para pensar alternativas. “Aunque la idea de una tecnociencia basada en los valores de las mujeres ha perdido gran parte de su impacto, la idea de una tecnología basada en valores diferentes sigue siendo una preocupación válida” (Wajcman 2006:39).

Los debates feministas sobre tecnociencia más recientes se han centrado en las tecnologías reproductivas y las TIC. De estos últimos, los Estudios sobre Género e Internet han experimentado cambios drásticos en sus aproximadamente 10 años de vida (van Zoonen 2001). Este dinamismo conceptual caracteriza a los Estudios Feministas como campo interdisciplinar en el que los debates, las contradicciones y continuas revisiones son, no una debilidad sino su mayor potencial.

A partir de los años 90, surge el movimiento ciberfeminista que celebra Internet como un espacio horizontal de participación, organización y creación feministas⁸ (Spender 1995, Plant 1998) y encuentra muchas de las fantasías sobre ciberespacio y realidad virtual como especialmente promisorias para la liberación de las mujeres (Turkle 1995). Como antes pasara con los feminismos liberales, radicales y marxistas, al ciberfeminismo se le puede reprochar su sesgo blanco, occidental, de clase media, cuyos planteos lúdicos y revolucionarios no alcanzan a ser representativos de las problemáticas de muchas mujeres en diferentes partes del mundo, especialmente de los países pobres⁹. Esta crítica parte de las perspectivas del “tercer mundo y de la subsistencia” (Gurumurthy 2004), popularizadas por el ecofeminismo de Vandana Shiva y Maria Mies. Además de denunciar el patriarcalismo de los sistemas occidentales del conocimiento y la tecnología, este enfoque agrega una crítica postcolonial, destacando los mecanismos colonizadores que “desplazan el conocimiento y la experiencia locales” (Ibídem).

Los enfoques hasta aquí mencionados, con sus divergencias y limitaciones, constituyen un terreno fértil sobre el cual explorar y reformular las mutuas implicancias entre tecnociencia y género. De los aciertos y errores de cada uno surgiría un enfoque híbrido que es el de mayor potencial para contextualizar mi investigación, ya que permite escapar a polarizaciones implícitas en los enfoques mencionados anteriormente (igualdad/diferencia, liberal/radical, real/virtual, primer mundo/tercer mundo). Se trata del enfoque de género y tecnología como fenómenos culturales y relacionales (Vehviläinen 2000:20, Gurumurthy 2004). Sus principios

⁸ Everett matiza las interpretaciones que atribuyen al ciberfeminismo un optimismo tácito con respecto al ciberespacio como promisorio para las luchas feministas y las mujeres en general. Esta postura sería definida, según ella, como “cyberwomanista” (Everett 2004).

⁹ A lo largo del texto utilizaré frases como primer y tercer mundo, países pobres y ricos, desarrollados y en desarrollo que no reflejan “la fluidez y poder de las fuerzas globales que sitúan comunidades de personas como mayorías/minorías sociales de modo dispar” (Mohanty 2003:227). Soy consciente de que es una terminología problemática, “un lenguaje analítico impreciso e inadecuado” (Ibídem) pero es el vocabulario disponible y su análisis crítico, aunque muy necesario, sería tema de un apartado más extenso.

básicos son que la tecnociencia no es neutral sino profundamente marcada por el género, y que las mujeres no pueden ser esencializadas en una categoría homogénea, sino que “hay diferencias entre mujeres y en cada mujer” (Vehviläinen 2000:21). En esta línea, género y tecnología son constructos culturales, dinámicos y performativos. Vehviläinen propone entender género como “un proceso y un verbo más que un sustantivo” (Ibídem) cuyo análisis debe considerar varios niveles de la vida social simultáneamente (2000:22). En el mismo movimiento, propongo expandir la definición de tecnociencia de sustantivo a verbo, para una aproximación que destaque las prácticas y procesos que emergen de sus interacciones con las acciones humanas y las estructuras sociales.

A esta altura en que ya he mencionado “género” repetidas veces, se hace precisa una definición que evacúe la ambigüedad y polisemia con que se ha imbuido en sus “usos y abusos” (Braidotti 2002:287). Siguiendo a Braidotti¹⁰, se trata de un concepto hojaldrado, construido histórica y culturalmente para referirse a las “muchas y complejas formas en que las diferencias entre los sexos adquieren un significado y devienen factores estructurales en la organización de la vida social” (Ibídem). Sus varias capas exigen considerarlo en el nivel de la identidad personal, en el nivel social como principio estructurador y en el nivel de los valores normativos (Ibídem). Vehviläinen, por su parte, hace un interesante ejercicio de articulación de estos niveles de análisis de género con las tecnologías de la información, entendiéndolas como configuradoras de cierto conocimiento y orden social sesgados por la predominancia masculina, donde las prácticas de los sujetos producen diferentes interpretaciones según sus locaciones particulares y los puntos de partida de cada un@, en lo que la autora ha llamado “políticas situadas de la tecnología” (2000:23).

Si bien no hay un diálogo explícito entre sus textos, la propuesta de Vehviläinen se inscribe en lo que Lykke define como Estudios Culturales Feministas sobre Tecnociencia, que habilita “un análisis de la tecnociencia como una actividad cultural entre otras y se centra en un amplio espectro de prácticas de significación tecnocultural y prácticas de la vida cotidiana (...) situándose en las perspectivas y posiciones de los otros inapropiados/bles” (Lykke 2002:141). En base a las entrevistas realizadas para este trabajo, en el apartado sobre metodología exploraré las implicancias sobre la vida cotidiana y en el capítulo segundo retomaré la idea de “otros inapropiados/bles”.

Desde esta perspectiva puedo posicionarme para enfocar mi problema de investigación

¹⁰ Si bien Braidotti se muestra escéptica con respecto al potencial político actual de concepto género, prefiriendo en cambio el de diferencia sexual, propone una definición a la que quiero adherir.

dando relevancia a otros aspectos más allá del acceso a los ordenadores e Internet, valorando cómo, a través de las prácticas cotidianas con la tecnociencia, distintas sujetas posicionadas en contextos específicos dotan de sentido sus vidas y negocian sus subjetividades.

Hasta aquí he intentado ir juntando los elementos necesarios para construir el marco teórico de mi estudio, buscando en diferentes tradiciones y perspectivas disciplinarias aquellas que necesito para explorar las experiencias de las mujeres latinas en Granada como usuarias de Internet. Son piezas de un puzle teórico-epistemológico que artesanalmente he puesto en diálogo, pero que no completarán la figura hasta incluir la dimensión de los procesos migratorios.

Mediación y movimiento en el espacio de la diáspora

Los procesos migratorios y la expansión de Internet coinciden en ser productos y productores de recursos esenciales para la globalización. Sin caer en una argumentación monocausal de la misma, coincido con los enfoques críticos que denuncian el sesgo mercantilista y neoliberal de los procesos de interdependencia mundial y su consiguiente exacerbación de la pobreza, la injusticia y la violencia en los sistemas capitalistas (Hertz 2001, Ramonet 2004, Sassen 2003, Stiglitz 2003). Entre los muchos “malestares” de esta globalización, está ese grueso de población migrante que se ofrece como mano de obra barata y *a la carte*, muy conveniente para el saldo positivo del balance económico, pero que intensifica la segmentación del mercado laboral según estereotipos de género, clase y etnias. Asimismo, la digitalización de acciones, mercados y dinero, ha permitido transacciones comerciales instantáneas y omnipresentes, así como la descentralización de las fuentes y los procesos productivos que se materializan en la explotación de recursos naturales y humanos del llamado tercer mundo.

Pero migración e Internet también coinciden en un espacio simbólico de quiebre con tendencias anteriores. Su articulación disyuntiva habilita “el trabajo de la imaginación como una característica constitutiva de la subjetividad moderna (...) los medios electrónicos proveen recursos para la imaginación del yo como un proyecto cotidiano” (Appadurai 2002) en el sentido de que la rápida circulación de informaciones e imágenes por medios electrónicos permiten imaginarnos proyectos de vida en otros lugares (Appadurai 2002 y UNHRC citado en Ponzanesi 2002:205).

Appadurai es uno de los primeros autores que advierte sobre la interdependencia entre los medios de comunicación electrónicos y los movimientos migratorios contemporáneos. En la

línea reflexiva de Benedict Anderson y las “comunidades imaginadas” promovidas por el capitalismo impreso (2006), el autor sitúa flujos de cultura global en la intersección entre mediación (la circulación de imágenes electrónicas) y audiencias siempre en movimiento. Una apropiación feminista de esta teoría me permitiría indagar cómo este complejo entramado de flujos de personas, imágenes y tecnologías, refuerza y/o subvierten sistemas de desigualdad y poder, cómo se perpetúan hegemonías semiótico-materiales y cómo se abren grietas de posibilidad para la creación de alternativas, a través de la imaginación de otras posibilidades.

En este sentido, resulta de especial interés para mi investigación lo que Avtar Brah llama el “espacio de la diáspora” que permite situar a mis entrevistadas como habitantes de

“la interseccionalidad de diáspora, frontera y dis/locación como puntos de confluencia de los procesos económicos, políticos, culturales y psíquicos (...) donde múltiples posiciones subjetivas son yuxtapuestas, refutadas, proclamadas o desautorizadas; donde lo permitido y lo prohibido se interrogan eternamente; y donde lo aceptado y lo transgresivo se funden imperceptiblemente (...)” (Brah 1996:208, *mi traducción*).

Los pliegues del concepto de espacio de la diáspora me resultan triplemente relevantes para situar a mis entrevistadas. El primer pliegue incluye el significado literal del griego *diaspeirein*, referido a “la dispersión, voluntaria o forzada de personas desde sus lugares de origen a otras regiones” (Ashcroft *et.al.* 1998:61) a la vez que trasciende esta definición teórica para incluir “las experiencias históricas de la diáspora” (Clifford 1994 citado en Brah 2003:179) que le imprimen particularidades y contingencias específicas. Varios autores han propuesto tipificar diferentes diásporas (Cohen 1997 citado en Shuval 2000, Appadurai 2002), congelando parcialmente el dinamismo de un concepto que refiere a cambios continuos de personas y grupos que “sienten, mantienen, inventan o reviven una conexión con un hogar previo” (Shuval 2000:42).

Ahora bien, siendo su principal motivación la necesidad de mantener los vínculos familiares y afectivos con la sociedad de origen, las mujeres entrevistadas refuerzan sus identidades culturales en las prácticas de comunicación y mantienen cierta lealtad a los estados-nación de los que emigraron. Pero ello no se sustenta en ideales o adscripciones nacionalistas elaborados conscientemente sino que, a partir de sus narraciones, se evidencia la importancia del grupo familiar en el país de origen como eje central de sus experiencias, sus deseos de retorno en unos casos, de continuar la prole en otros, de reforzar los roles maternos y adaptarlos a las

realidades de familias cada vez más transnacionales. Un segundo pliegue del espacio de la diáspora es entonces la constitución de sujetos postcoloniales que en sus trayectos a través de las fronteras desplazan el lugar privilegiado de los orígenes nacionales que son sustituidos por posiciones subjetivas encarnadas (Dirlik 1997:505). La subjetividad postcolonial es una expresión que reconoce en los sujetos del llamado tercer mundo posiciones subjetivas múltiples, cambiantes, contradictorias, difíciles de aprehender en su totalidad, y que se infiltran en categorías que los discursos más tradicionales les tenían vedadas, tales como primer mundo (Ibídem). La liminalidad implícita en la subjetividad postcolonial y el espacio de la diáspora que le posibilita, su hibridez e “in-betweenness” (Bhabha 1994) complejizan los intentos de fijar o esencializar sus experiencias, y se vuelve un suelo fértil para desarrollar el concepto, también liminal, de la “otredad digital táctica” que presentaré en el capítulo segundo.

Un tercer pliegue del espacio de la diáspora habilita un análisis interseccional -o al decir de Brah “multiaxial”- del cruce de fronteras no sólo territoriales, políticas y económicas, sino también culturales y psicológicas (Brah 1996:209). Son precisamente las dimensiones cultural y psicológica con respecto a Internet las que las mujeres entrevistadas caminan, de puntillas, a horcajadas, a prisa o con pausa según el caso, cuando se definen como usuarias de lo que por razones de edad, género, clase, formación y/o locación geopolítica, no coincidía con sus horizontes de expectativa.

Mi intención dista de idealizar el espacio de la diáspora como liberador o romantizarlo como empoderador de forma acrítica. Coincido con muchas de las críticas propuestas por Arif Dirlik sobre el “aura postcolonial” (1997) pero siento también que sus observaciones, aunque reveladoras, pecan de paralizantes. Quiero rescatar el espacio de la diáspora como indicador de un punto de inflexión en la vida de las entrevistadas, sujetas postcoloniales para quienes las experiencias de un allá (lugar de origen) y un aquí (Granada), un antes y un después, se entretejen y se traducen en cambios de percepciones y aspiraciones en sus proyectos vitales. Antes que una valoración en términos binarios de lo positivo o lo negativo de sus incursiones como usuarias informáticas y de Internet, prefiero conceptualizarlo en la línea de lo que Yuval-Davis ha retomado de las feministas italianas: una perspectiva transversal de “root and shifting” que, transferible a distintos contextos y realidades, enfatiza cómo cada persona tiene un repertorio de valores, prácticas e identidades más o menos fijas o enraizadas -root- y, al mismo tiempo, elabora continuamente estrategias de cambio -shifting- para adaptarse a situaciones de cambio e intercambio. No se trata de dinámicas opuestas o excluyentes, sino complementarias y

necesarias:

“Toda la gente puede aprender a centrarse en otra experiencia, validarla y juzgarla según sus propios estándares sin la necesidad de comparación o la necesidad de adoptar ese marco como propio... no tenemos la necesidad de descentrar a alguien para centrar a alguien más; sólo tenemos constantemente que pivotar el centro” (Barkley Brown 1989 citada en Yuval Davis 1994: 193, *mi traducción*).

Intersecciones y diálogos necesarios: teorías sobre migración, Internet y género

El Estudio de las Migraciones es históricamente el más antiguo que aquí nos ocupa y, tanto los Estudios sobre Internet como los Estudios Feministas han debido ir a su encuentro para aportar nuevas perspectivas de análisis. Dichos encuentros, aunque pocos, han ampliado la comprensión del fenómeno migratorio masivo -en muchos casos feminizado (Brah 1996)- que caracteriza a la sociedades contemporáneas hiperconectadas y digitalizadas en tiempos de economía global.

Cabe destacar cómo hasta los años 80 “el análisis conjunto de los sistemas de género y los movimientos migratorios internacionales [fue] ignorado en los diferentes modelos teóricos aplicados al estudio de las migraciones” (Gregorio 1998:21). Ello se atribuye a “la preponderancia que han tenido en los modelos teóricos los aspectos macro, en detrimento de los micro (...) y los aspectos económicos y políticos sobre los culturales y simbólicos” (Gregorio 1998:78).

A su vez, “los estudios e investigaciones sobre migración y sociedad de la información son prácticamente inexistentes y están ausentes en la práctica totalidad de informes y literatura sobre esta cuestión social” (Morales y Rodríguez 2008). Esta ausencia, sin embargo, es a mi entender más aparente que real. Por un lado, esta afirmación puede entenderse como una preocupación por la falta de sistematización de la investigación sobre migración y TIC, un área emergente que, a diferencia de otros temas relacionados a Internet que han acaparado mayor atención carece de un marco teórico-metodológico de referencia claro. También podría aludir a la relativa escasez de literatura en castellano que, aunque en expansión, no alcanza la difusión de las anglosajonas (prueba de ello es mi propia bibliografía). Por otro lado, en el proceso de elaboración de este trabajo he encontrado bastantes artículos cuyo objeto de análisis está constituido, con mayor o menor fortuna, por intersecciones entre migración y TIC. Muchos artículos versan sobre el potencial democrático de Internet para fortalecer las ciudadanías frágiles de los inmigrantes, con enfoques más o menos optimistas (Tucho *et. al.* 2005, Mitra

2005 y 2001, Hiller&Franz 2004) o desafiantes (Ledwith 2002, Morales&Rodríguez 2008). La mayoría apela al análisis de páginas web e interacciones de grupos online para explorar en qué medida Internet facilita mecanismos de auto-organización, circulación de información alternativa a la de los medios masivos, participación en la esfera pública y construcción de redes sociales e identidades.

A nivel de proyectos en estas líneas de investigación, destaco el “Programa de estudios sobre el uso de las TIC en las migraciones” (TIC-Migraciones) y el “Diasporic Minorities and their Media in the EU: a Mapping”. El primero se define como “un programa de investigación temática de la Fondation Maison des Sciences de l’Homme [de París] que explora el impacto [sic] de las nuevas tecnologías en el mundo de los migrantes (ocupación de los territorios numéricos por las diásporas, políticas de gestión numérica hacia los migrantes, perspectivas epistemológicas renovadas para el análisis de las migraciones en la era de las TIC)” (FMSH sin fecha). Aunque la mayoría de los informes están en francés, uno de los documentos con traducción al inglés analiza algunas de las oportunidades y desafíos que las TIC “presentan en términos de tendencias futuras de flujos migratorios y, en particular, procesos de integración” (Ros *et. al.* 2006).

El segundo proyecto, “Diasporic Minorities...”, es impulsado desde la London School of Economics, en el marco de la *European Media Technology and Everyday Life Network*. Su objetivo es “trazar un mapa de las comunidades diaspóricas que habitan en los 15 países miembros de la Unión europea (UE) y examinar cómo dichas comunidades, que se constituyen como alternativas a lo *mainstream*, desarrollan sus propias culturas mediáticas. El estudio de las culturas mediáticas diaspóricas es un intento por investigar cómo los medios participan en proyectos para el empoderamiento de las minorías, para la inclusión y participación en comunidades locales, nacionales y transnacionales” (EMTEL). Lo interesante de esta iniciativa es que fomenta la producción de informes nacionales sobre la situación de los medios de comunicación electrónicos de grupos de inmigrantes organizados. A los efectos de mi investigación, destaco un reporte sumario pero ilustrativo de la situación española, cuyas conclusiones describen una realidad mediática “fragmentada (falta de redes entre las comunidades), efímera (con iniciativas que nacen y mueren, sin consolidarse), y existente en forma de colaboraciones o participación en medios locales/independientes existentes (con artículos, anuncios, información práctica, entre otros)”. También se menciona la falta de acceso a Internet y alfabetización digital de muchos inmigrantes (Gaya, sin fecha).

El panorama teórico es algo desolador para encontrar estudios sistemáticos en los que

confluyan migración, género y TIC. En castellano, uno de los pocos trabajos proviene de la Universidad de Barcelona. Se trata de un breve artículo a modo introductorio pero, como sugiere el título “La mujer y el inmigrante” (Tejedor&Pintos 2008), no ofrece un análisis integrado. Otra serie de artículos, aún inéditos y no académicos, provienen de las ponencias presentadas en la Jornada “Mujer, Inmigración y Nuevas Tecnologías” celebrada el 4 de noviembre de 2008 en la Comunidad de Castilla y León (Casa Isadora Duncan 2008).

Mi argumento aquí es que el diálogo multidisciplinario entre los Estudios sobre Migración, los Estudios Feministas y los Estudios sobre Nuevos Medios es necesario para dar cuenta de las múltiples y complejas dimensiones sociales, económicas y políticas de los vertiginosos cambios y movimientos de personas, información y capitales. Estas complejidades no pueden aprehenderse sólo al nivel macro, sino que necesitan lentes de aproximación a las realidades cotidianas de individuos y grupos concretos, cuyas experiencias de globalización y digitalización presentarán similitudes y tendencias pero, sobre todo, muchas y productivas diferencias.

1.2 Metodología

Políticas de situación y de encuentro

Esta investigación se inscribe en la práctica de una política de situación como metodología, como teoría y, consecuentemente, como proyecto político. Como mencionara en la introducción, mi investigación se basa en un estudio de caso cualitativo a partir de entrevistas presenciales. Esta técnica propia del método etnográfico ha sido desarrollada principalmente por la antropología, una disciplina que, con el tiempo, ha reconocido que hablar de otr@s es hablar de nosotr@s mism@s (San Martín 1985). En este sentido, la entrevista se entiende no como una mera extracción o intercambio de información entre dos partes, sino como un proceso relacional en el que las partes se proyectan, constituyen y sitúan mutuamente.

El estudio empírico que aquí presento recoge las experiencias sobre Internet de mujeres situadas y encarnadas tomando como punto de partida sus locaciones particulares (Vehviläinen 2002:286). Así entre febrero y abril de 2009 realicé entrevistas presenciales semi-estructuradas a 14 mujeres latinoamericanas de entre 30 y 60 años de edad. Todas ellas residen en Granada y provienen de países tan diversos como Uruguay, Colombia, Bolivia, Perú, Paraguay, Nicaragua y Brasil. Para validar mi interpretación de sus testimonios, así como las opciones teórico-

metodológicas que las contextualizan, debí situarme como investigadora, dando cuenta de los espacios de poder que habito, en una suerte de cartografía personal (Braidotti 2002: 258) que pone de manifiesto el carácter parcial y situado de mis afirmaciones cognitivas o “knowledge claims” (Haraway 1991:191).

Al contactar a las mujeres que quería entrevistar, me presenté como uruguaya y expliqué el interés por desarrollar mi trabajo con mujeres de América Latina, por ser una realidad de la cual formo parte. De algún modo sentí que ello nos acercaba y matizaba el lugar privilegiado desde el cual iba a formular las preguntas, visibilizado en mi piel blanca ante la rica diversidad étnica latinoamericana, imperceptible en mi condición de estudiante becada y bienvenida en la “Europa fortaleza” (Lutz 1997). Sin embargo, esta identificación de proximidad no debe confundirse con relaciones simétricas entre quien escribe y las entrevistadas, ni con la falta de distancia crítica que toda investigación etnográfica exige para elaborar el enfoque *etic*¹¹.

La política de situación, aún evidenciando la jerarquía de poderes entre quien investiga y quienes son *sujet@s* de estudio, permite concebir el acto de situar en múltiples movimientos, en el que sitúo a mis sujetas de estudio al situarme, y ellas me sitúan al situarse. Entonces mi posicionamiento no es el de estudiarlas como otras diferentes a mi identidad de estudiante o investigadora o latina blanca, sino que la diferencia se da al nivel de “modos particulares de encuentro” entre otros (Ahmed 2002:561). Este cambio de perspectiva problematiza la dicotomía Yo/Otro y la asunción positivista de que las especificidades de los otros son plausibles de ser capturadas por el sujeto conocedor, resaltando en cambio la importancia del intercambio entre ambas partes (Ibídem).

En este sentido, mi trabajo se inscribe en lo que Guber clasifica como perspectiva constructivista, según la cual “la entrevista es una relación social de manera que los datos que provee el entrevistado son la realidad que éste construye con el entrevistador en el encuentro” (Guber 2001). Ello superpone la política de situación con lo que a partir del trabajo de Sara Ahmed (2003, 2000) podemos llamar “políticas de encuentro”, que sugiero definir como las estructuras de poder que circulan en múltiples direcciones entre los sujetos del encuentro, en este caso, entrevistadora y entrevistadas. Parafraseando las nociones elaboradas por Stuart Hall con respecto a la representación, podemos también distinguir aquí entre política y poética: la primera discursivamente “más preocupada con los *efectos y consecuencias*” (1997:6) de los encuentros. La segunda, en su doble acepción: referida a su carácter inventivo -derivado de la etimología de *poiesis*-, y a las formas, es decir, a cómo se desarrolla el significado durante esos encuentros,

¹¹ Para una definición de “*etic*”, ver Nota al Pie 4 en la página 14 de este trabajo

ofreciendo una lectura semiótica de diversos lenguajes en juego (verbal, corporal, etc.) en el cara a cara entre múltiples Yos y múltiples Otros.

Las preguntas guía que he formulado para centrar las narraciones de las mujeres en los puntos que me interesa enfatizar fueron continuamente reformuladas por sus respuestas, en donde se filtran los temas de los que ellas quisieron hablar en ese momento particular, las confesiones, anécdotas, complicidades y silencios con que cada una se sintió a gusto en la fugacidad de nuestros encuentros. Ambas somos y fuimos preguntas y respuestas que se confunden y exceden productivamente en nuevas formulaciones. Ello se despega de los enfoques más tradicionales de la relación investigador/sujeto@s de estudio. Al decir de Guber, “si en el cuestionario habitual el investigador hace preguntas y recibe las respuestas, en la entrevista etnográfica el investigador formula preguntas cuyas respuestas se convierten en nuevas preguntas” (Guber 2001). Esta reversibilidad de las experiencias subjetivas y objetivas es la esencia de la reflexividad (Hayles 1999), un concepto que nos recuerda que la distancia entre entrevistadora y entrevistadas no es estática ni los límites fáciles de marcar.

La articulación de las políticas de situación y de encuentro me ha ayudado a conceptualizar los términos metodológicos de mi propia investigación en varios sentidos. Así he adquirido conciencia de la fragilidad, dinamismo y parcialidad tanto de mi lugar privilegiado de entrevistadora como de las categorías analíticas que he construido para delimitar mi objeto de estudio. Por un lado, mi rol de entrevistadora se me ha revelado una identidad provisoria que adquiero sólo desde el momento en que las personas aceptan mi invitación a ser entrevistadas y nos sentamos juntas a conversar. Por otro lado, las entrevistadas no son un colectivo homogéneo ni estático sino un constructo de mi autoría concebido a los efectos de la investigación. He seleccionado ciertos atributos de estas personas y, cual un retrato fotográfico, he enmarcado y congelado un instante de realidad para proveer una mirada parcial en profundidad sobre los rasgos que deliberadamente me interesa destacar. Los pilares de mi selección han sido las categorías “mujer”, “inmigrante”, “latinoamericana” y “residentes en Granada”. Son pilares porque sostienen mi investigación sobre usos de Internet desde el momento en que me permiten delimitar una muestra de estudio, pero no son pilares arquitectónicos sólidos e inamovibles porque en toda investigación científica es preciso argumentar nuestras elecciones y aceptar su carácter contingente y subjetivo. Por ello, toda categorización es plausible de crítica y discusión, ante la evidencia de que las hebras que componen cada categoría se superponen (Wittgenstein 1958 citado en Ashcroft *et. al.*1998) y se entretajan según los caprichos del/a investigador/a. En mis esfuerzos por analizar las experiencias particulares de mis sujetas de estudio también caigo

en la trampa de esencializarlas parcialmente al fijarlas en las categorías antes mencionadas, una suerte de “esencialismo estratégico” que Spivak reconoce como necesario en las luchas por la liberación, del que me apropio para argumentar mis elecciones y dejar intersticios para la duda y la crítica. Es en este sentido que me hago eco de sus palabras cuando dice: “no puedo lavar mis manos y decir que soy específica. De hecho, debo decir que soy una esencialista de vez en cuando” (Spivak 1984 citada en Ashcroft *et al.* 1998:79).

Los encuentros con las entrevistadas se realizaron de forma individual en casas particulares o en locales destinados a su formación, con una duración de entre 5 y 20 minutos cada uno. Las entrevistadas fueron invitadas a participar a partir de su vínculo con asociaciones de y pro inmigrantes con sede en Granada. Las asociaciones fueron seleccionadas según el grado de participación e involucramiento de las mujeres latinoamericanas y coincidió con la heterogeneidad del escenario granadino en cuanto a redes de organización y servicios para los inmigrantes. He incluido dos asociaciones de inmigrantes, una fundación pro mujeres inmigrantes y un programa de capacitación informática para mujeres del Ayuntamiento. En los dos primeros casos, las mujeres son o fueron organizadoras, impulsoras o participantes de actividades políticas y culturales de diversa índole. En las asociaciones pro inmigrantes, en cambio, participan de programas de capacitación ofrecidos por cada entidad. El vínculo asociativo marca diferencias fundamentales en los perfiles económicos y socioeducativos de las mujeres, en estrecha correspondencia con sus experiencias en Internet, al punto que esto constituye un eje diferenciador entre las entrevistadas. Sobre este punto me extenderé en el capítulo tercero.

Las preguntas de la entrevista giraron en torno a sus proyectos migratorios y a la relación que cada una tenía con los ordenadores e Internet. Mi objetivo ha sido indagar sus percepciones sobre los usos y prácticas de Internet en el espacio de la diáspora, y ha implicado considerar no sólo los testimonios de usuarias regulares o avanzadas sino y sobre todo, mujeres que recién ahora se inician en Internet. De hecho, la mayoría de las entrevistadas se encontraba, al momento de la entrevista, en una etapa de primer contacto con herramientas informáticas que las habilitaran a un uso autónomo de Internet y los ordenadores. Ello le imprime a la investigación una originalidad en la tendencia de los estudios cualitativos sobre usuarios de Internet, que suelen indagar las estrategias de quienes ya acceden a Internet como una práctica habitual y cotidiana. Se trata de recabar de primera mano las expectativas, aspiraciones, proyectos, universos simbólicos e imaginarios de mujeres que alimentan las estadísticas sobre la brecha digital. Como argumentaré en el siguiente capítulo, muchas de ellas son, simplemente, “otras

digitales”, en un sistema que principalmente clasifica a l@s usuari@s en “conectados” y “no conectados”.

En busca de la vida cotidiana

A través de las entrevistas he recogido las narraciones de las mujeres estudiadas sobre sus relaciones prácticas y afectivas con el ordenador e Internet. Ello se inscribe en la tradición feminista que enfatiza la necesidad de valorar los testimonios y la experiencia de las mujeres como fuentes de conocimiento científico válidos y necesarios para dar cuenta de la realidad en sus múltiples complejidades. Desde el punto de vista etnográfico, la vida cotidiana es digna de relato y desde el punto de vista feminista, las experiencias de las mujeres son fuente de conocimiento. Apelar a una etnografía para investigar Internet implica ante todo considerarlo como un proceso y artefacto cultural en cuya interacción con los sujetos emergen posiciones de subjetividad y universos de sentido. Ello tiene al menos dos consecuencias conceptuales de gran envergadura, que plantean a su vez desafíos metodológicos específicos. Una es apostar por un enfoque no utilitarista de la tecnociencia (en este caso Internet en el conglomerado de las TIC), expandiendo la idea limitada de mera herramienta de comunicación e información, para visibilizar los complejos juegos de negociación, resistencia y adaptación que las personas experimentan al respecto. El segundo elemento a considerar es la reivindicación de la vida cotidiana como el espacio empírico en el que Internet se inscribe, y por tanto, en el que se puede aspirar a conocer los distintos significados que adquiere en la vida de diferentes grupos y personas.

Las dificultades metodológicas, íntimamente relacionadas entre sí, tienen un doble trasfondo común: las múltiples limitaciones del lenguaje para aprehender la realidad y la necesidad de reconceptualizar lo que entendemos por identidad cultural. Así cuando diseñé el cuestionario guía para las entrevistas, no pude evitar el verbo “usar” para referirme a los ordenadores e Internet, ni su palabra derivada: el concepto de [usuari@s](#). Por su parte, las respuestas a mis preguntas siempre ya acarrearán un desfase entre el “yo” vivido y el “yo” enunciado, producto de la ambigüedad de las prácticas de representación. Como observa Stuart Hall:

“Como sugieren recientes teorías de enunciación, si bien hablamos ‘en nuestro nombre’, sobre nosotr@s y nuestra propia experiencia, quien habla y el sujeto de quien se habla nunca son idénticos, nunca coinciden exactamente en el mismo lugar” (1993: 222, *mi traducción*).

Esta reflexión conduce a Hall a cuestionar el carácter estable, fijo, estático y transparente de lo que tradicionalmente se ha llamado identidad cultural, para proponer en cambio una definición más dinámica y compleja basada en posicionamientos cambiantes antes que en esencias, “puntos inestables de identificación o sutura que son construidos dentro de los discursos de la historia y la cultura” (Ibídem). Mi foco en las narraciones de las mujeres sobre sus experiencias con/en Internet (reales y potenciales) se apoya en esta visión de identidad cultural como un devenir, especialmente en cuanto a la llamada cultura digital, es decir, cómo se identifican/posicionan en el escenario móvil y cotidiano de los nuevos medios.

Lo cotidiano contextualiza cómo operan mutuamente género y tecnología, pero no es algo dado que como investigadora pueda tomar y analizar sino que, por definición, “está escondido y es evasivo” (Highmore 2002:145) y en su dinamismo, no se puede aprehender, reflejar o revelar completamente: “Lo cotidiano puede considerarse texturado por evocaciones que apuntan a un espacio sensorial nunca plausible de ser cartografiado por imágenes y palabras” (Highmore 2002:146). Ello ha sido considerado por los Estudios Culturales, cuya definición de cultura incluye “las prácticas de la vida cotidiana y las prácticas significantes en general, inclusive todo tipo de cultura popular y de medios” (Lykke 2002:138).

Uno de los teóricos más influyentes en el estudio de la vida cotidiana es el multifacético Michel de Certeau, que inició un ambicioso proyecto de valorización de ese espacio en el clásico *L'invention du quotidien*. Su planteo es especialmente relevante para mi investigación al priorizar lo particular sobre lo general, lo situacional y contextual sobre lo universal, y al concebir lo cotidiano en términos positivos, afirmativos, con potencial productivo (Highmore 2002:151). De Certeau aspiraba a trazar las bases para una “ciencia de lo singular o de la singularidad (...) una ciencia de las relaciones que conectan las búsquedas cotidianas a circunstancias particulares” (de Certeau en Highmore 2002:145) y en ello está su fortaleza y su mayor debilidad. Esa debilidad estaría dada por las tensiones inherentes a generalizar el significado de prácticas culturales sólo comprensibles y analizables en las particularidades de sus circunstancias (Highmore 2002:170). Aún así, considero lo testimonial como fuente válida del conocimiento y, en consonancia con los esfuerzos de de Certeau y sus colegas de construir “una poética general de las prácticas de la vida cotidiana” (Ibídem), valorar la escucha, o sea las entrevistas, para priorizar “archivos del habla” (Highmore 2002:168). Mi investigación se inscribe en esta línea epistemológica de hacer de lo cotidiano un archivo “aún por catalogar y que incluso se resiste a ser catalogado” (Highmore 2002:161) en su heterogeneidad, en su carácter temporal, particular, escurridizo, siempre en fuga. Por un lado, de Certeau es conciente de que tradicionalmente los archivos han

silenciado lo cotidiano, desmerecido su interés en la producción de conocimiento científico. Por otro lado, encuentra en los silencios del archivo signos positivos para una exploración, para trazar “una geografía de lo eliminado” (Highmore 2002:163) que, contra todo intento de supresión, emerge del olvido científico con la tenacidad de lo residual.

Capítulo 2: Internet y los discursos de la otredad

En este capítulo me propongo centrar la atención en un tema crucial del pensamiento feminista y postcolonial: la alteridad o la construcción de otredad. Esta herramienta conceptual aplicada al caso particular de Internet y las tecnologías digitales revela cómo se estructura el poder bajo formas novedosas pero siempre ya encarnadas en los ideales hegemónicos capitalistas de las sociedades occidentales.

Como se mencionara en el capítulo anterior, varias feministas han denunciado la tecnociencia como un fenómeno tradicionalmente androcéntrico y patriarcal (Haraway 1991, Wajcman 1991) vinculado a intereses burgueses, racistas y militaristas (Harding 1986:137) cuyo dueño y señor ha sido el sujeto universal del proyecto modernista: hombre, blanco, heterosexual, occidental, de clase media o media-alta. Y aunque hoy asistimos a un proceso de democratización de Internet en varios frentes (uso, acceso, infraestructura) y de “internetización de la democracia” en varias regiones geopolíticas (participación, voto electrónico, gobierno electrónico, digitalización de las administraciones públicas, etc.), es necesario recordar las lógicas burocrático-capitalistas que fomentan su expansión.

Este capítulo retoma de preocupaciones postcoloniales sobre las empresas coloniales e imperialistas, su vinculación con los sujetos subalternos y la construcción de la otredad, apropiándolas y reformulándolas para adaptarlas a los contextos históricos y geopolíticos en que surge y se extiende Internet. La riqueza de los enfoques postcoloniales y su potencial para cuestionar los discursos hegemónicos de la modernidad constituyen un kit de herramientas invaluable para comprender conceptos tales como “sociedad de la información” (SI), “brecha digital” y “cyberespacio”, que producen las mismas desigualdades que nombran.

Los mecanismos de otredad activados en la conceptualizaciones sobre Internet dan lugar a un espectro de enfoques de doble filo, que van desde la victimización de los otros no conectados hasta el ensalzamiento de las posibilidades emancipadoras que las TIC, en especial Internet, tiene para ell@s. Estos enfoques son correlatos de varias posiciones más o menos polarizadas: quienes conceptualizan Internet como un medio horizontal, participativo y desjerarquizado, a través del cual los sujetos otros tienen grandes posibilidades de cambiar su posición de subordinación (Castells 2000, Poster 2001), y quienes ven Internet con cautela, como otro motivo de opresión y desigualdad, sustrayendo toda o parte de agencia a los más desposeídos. En el primer grupo están los retóricos de la SI, concepto clave para entender cómo se construye el otro digital y que, por tanto, considero importante precisar.

2.1 Sociedad de la información

El contexto general en que se desarrolla esta investigación se inscribe en la sociedad de la información (SI), concepto que busca situar nuestras sociedades contemporáneas en un estadio diferente y posterior a la sociedad industrial. Ello no implica abandonar otras definiciones muy vigentes, como sociedades más o menos capitalistas (economía), democráticas (política), post/modernas (sociocultura), sostenibles (ecología) (van Dijk 2006:20-21) sino focalizar la atención en un aspecto de especial interés para mi argumento.

Robin Mansell sitúa sus orígenes en el período posterior al fin de la Segunda Guerra Mundial, en una comunidad científica preocupada por mejorar sistemas de control de comunicación e información aplicados a la cibernética y la robótica. En este contexto, se desarrolló una visión normativa de la SI impulsada por los países ricos occidentales (Mansell 2008:4), según un *ethos* que explica el desarrollo de las sociedades en los avances tecnológicos y sus incuestionables beneficios para el crecimiento económico. Esta lógica tecnodeterminista reverbera hasta nuestros días en muchos discursos y políticas gubernamentales, académicas y corporativas que, como se verá más adelante, ubican a la SI y la tecnociencia en general como una etapa deseable y necesaria del desarrollo de todas las sociedades (Lykke 2002:139). Esta lógica que hoy atañe a Internet no es nueva. Ni es casualidad que el tecnodeterminismo se hiciera fuerte en los 70, cuando tomaban auge los discursos desarrollistas y el “cuento de los tres mundos” (Escobar 2002:82) en el que el mundo se divide según un ordenamiento político jerárquico de las diferencias (Massey 2001, Haraway 1989 citada en Escobar 2002:82). Ello es preocupante ante la evidencia de que se conceptualiza a la SI como un modelo homogéneo y universal, plausible de ser exportado de los países más ricos a los más pobres, cual paquete de ayuda humanitaria con un impacto (económico) positivo asegurado. Esto sumado a la visión economicista de mercantilización de la información ha despertado críticas y reformulaciones conceptuales, para describir el nuevo paradigma tecnológico. Castells acepta el concepto de era de la información pero sugiere utilizar la metáfora de la sociedad en red para sustituir la noción de SI por “imprecisa y errónea” (Castells 2000:10). Para Webster, “todas las definiciones de SI se refieren más a la cantidad de información (...) pero son incapaces de identificar lo cualitativamente nuevo en este tipo de sociedades” (2006:20). Por su parte, van Dijk, propone articular el concepto de SI, que atiende a “la sustancia de las actividades y procesos” (Ibídem) con el de la sociedad red, que “enfatisa las formas y organización del procesamiento e intercambio de información” (2006:20).

El término exige, entonces, cautela, porque esconde una racionalidad lineal según la cual el desarrollo de los países pobres dependerá, en gran medida, en integrarse a este modelo. En esta escenografía, propongo tres niveles para pensar la otredad en relación a Internet, no como estratificaciones jerárquicas y aisladas, sino como áreas de análisis profundamente interrelacionadas, aunque parten de distintos presupuestos filosóficos: el de otro espacio y el de otros sujetos.

En el primer nivel, la metáfora espacial aplicada a Internet promueve una otredad como diferencia positiva de lo mítico y lo sublime (Flichy 2007) de un espacio desconocido doblemente atractivo. Por un lado, un espacio virtual, diferente a lo real, que permitiría interacciones más libres y desprejuiciadas entre usuarios cuyos cuerpos ya no son visibles. Por otro lado, Internet aparece como un espacio desconocido por explorar y conquistar, en la racionalidad continuadora “del afán histórico del hombre por conquistar la naturaleza (...) [como] las exploraciones espaciales tenían el sabor aventurero y romántico de los viajes marítimos de otros tiempos” (Wajcman 2006:89). En el segundo nivel me referiré a la definición de los sujetos en función de su grado de usabilidad de Internet -los usuarios- resaltando cómo la otredad es conceptualizada como diferencia negativa, como “falta de”, en este caso, conexión, acceso, uso de Internet, etc. Así, los sujetos que no ocupan ese otro espacio, son vueltos otros en el discurso de la brecha digital. En un tercer nivel, propongo combinar los anteriores, considerando ese espacio-otro a ser habitado en función de elementos subjetivos encarnados que trascienden la usabilidad, intentando conceptualizar la otredad en términos positivos, como multiplicidad productiva y corporizada.

Los dos primeros niveles mencionados comparten su origen en los ciberdiscursos, es decir, discursos hegemónicos que surgen de intereses políticos y económicos dominantes. En cambio el tercer nivel considera cómo los sujetos construidos como otros negocian su condición de otredad. Lejos de reinstaurar dicotomías sobre lo uno y lo otro, esta suerte de genealogía de la otredad sobre Internet permite vislumbrar la porosidad de los límites entre ambos y la ambigüedad de las valoraciones positivas tradicionalmente atribuidas a lo uno en detrimento de lo otro.

2.2 Otredad positiva I: Internet como espacio virtual

Ciberespacio. Ciberpunk. Ciberdiscurso. Cyborg. Ciberfeminismo. Cibersubjetividad. Ciberfantasía. La lista podría continuar, ya que en los últimos años todo parece experimentar el síndrome del prefijo “ciber”, originado en 1984 a partir del desarrollo de la cibernética por Norbert Wiener (Featherstone&Burrows 1995:2). El término ciberespacio fue popularizado por el libro de ciencia ficción *Neuromancer*, escrito por William Gibson ese mismo año, para referirse a ese otro dominio de interacción posibilitado por “una red de información global por ordenador” (Ibídem). El ciberespacio se constituye en el uso de diferentes tecnologías, inclusive el teléfono, “con la posibilidad común de simular ambientes para la interacción humana” (Featherstone&Burrows 1995:5). Cuando Internet se expandió más allá de los laboratorios estadounidenses que le concibieron y comenzó a ser usado en universidades y comunidades virtuales de hackers y expertos informáticos (Flichy 2007), se convirtió en el referente *par excellence* del ciberespacio, la más aludida expresión de realidad virtual. El concepto de realidad virtual tiene un aura de trascendencia al referirse a una dimensión diferente a la realidad a través de la simulación y la representación. Los años 90 ofrecieron el escenario idóneo para la circulación de ideas seductoras sobre las infinitas posibilidades del ciberespacio para posibilitar el éxito y la diversión individuales, el desarrollo económico y la democratización de oportunidades y recursos para tod@s: desde la “Declaración de la Independencia del Ciberespacio” de John Perry Barlow en 1996, a las campañas publicitarias de las empresas de telecomunicaciones (Nakamura 2002) y la Supercarretera de la Información de Al Gore, por mencionar sólo algunos ejemplos. En el 2009, el ciberoptimismo de los 90 todavía nos rodea, pero ha sido desafiado por enfoques críticos que exponen los poderes políticos y económicos que lo sustentan, la situación privilegiada de sus promotores y las falsas premisas de las que parte.

La idea del ciberespacio como diferente a la vida real ofrece el marco adecuado para llevar la distinción cartesiana mente/cuerpo a narraciones extremas, como la de la publicidad de Anthem, de la firma MCI¹², o del grupo californiano new age, “Extropians”, que estimulados por drogas de diseño creían en la posibilidad de descargar la mente dentro del ordenador para “liberarnos completamente de nuestros cuerpos” (Flichy 2007:141). Esta fantasía de abandonar el cuerpo a través del ordenador ha atraído a personas y grupos muy diversos: nerds escapistas, científicos en busca de nuevas herramientas de conocimiento, artistas que experimentan nuevas

¹² Parte del texto de esta publicidad para televisión reza: “There is no race, there are no genders, there is no age, there are no infirmities, there are only minds. Utopia? No, the Internet”. Para visualizar el spot online, <http://it.stlawu.edu/~global/pagessemiotics/montagemci.html>

formas expresivas (Flichy 2007) y ciberfeministas que sueñan con un mundo sin géneros. Podría estar de acuerdo con la metáfora de abandonar el cuerpo en una novela ciberpunk pero fuera de los parámetros de la ficción, me sumo a quienes desde diferentes disciplinas y perspectivas han advertido sobre las implicancias políticas de creer en tal división (Balsamo 1997, Hayles 2003, Kolko *et al.* citado en Daryl Slack&Wise 2002). En efecto, las feministas embarcadas en “el proyecto de identificar las bases corpóreas sexuadas del pensamiento y la subjetividad” (Lovell *et.al.* 1997) se apoyaron en el renovado interés por el cuerpo que durante los 80 caracterizó a teorías sociales y filosóficas como el postestructuralismo y la fenomenología, destacando que “las identidades sociales, sexuales y psíquicas están inscriptas en y sobre el cuerpo, y no en oposición a él o en algún otro espacio mental (Ibídem). En esta línea de pensamiento, la profesora estadounidense Anne Balsamo se pregunta “¿cómo es que las tecnologías de realidad virtual se articulan con aquellos cuerpos marcados social y culturalmente?” (1997:125) y argumenta que “la represión del cuerpo material oculta un sesgo de género en el supuestamente incorpóreo (y sin género) mundo de la realidad virtual” (1997:122).

Además, las promesas de Internet como un otro espacio donde los cuerpos significantes de desigualdades basadas en el sexo, la etnia u otros distintivos desaparecerían, claudicaron ante la exacerbación de los estereotipos online, siendo los más claros ejemplos, las representaciones femeninas siempre *sexys* y masculinas siempre omnipotentes de, por ejemplo, avatares y héroes de videojuego (Lie 2003). Como señala Braidotti:

“el tan publicitado triunfo de las nuevas tecnologías no se corresponde con un salto de la imaginación humana para crear nuevas imágenes y representaciones. Por el contrario, lo que noto es una repetición de viejos temas y clichés bajo la apariencia de “nuevos” avances tecnológicos. Tan sólo una prueba más de que se necesita más que maquinaria para realmente alterar patrones de pensamiento y hábitos mentales” (1996, *mi traducción*).

2.3 Otredad positiva II: Internet como territorio de conquista y colonización

Si partimos de la premisa de que Internet es un territorio que simula y representa centros y periferias de poder económico, cultural y político a través de la comunicación mediada por ordenador, es posible considerarlo como otra empresa colonial e imperialista, con sus propias especificidades. Recientemente se ha empezado a hablar de cibercolonialismo para aludir a la circulación de discursos coloniales en y sobre el ciberespacio, inclusive la idea de un nuevo territorio de exploración y conquista (Hui Kyong Chun 2002). En su gran mayoría, ello se inspira

en el análisis del discurso colonial propuesto por Edward Said (Leigh Morbey 2005) y su concepto clave, el “orientalismo”. El mismo fue definido como la práctica occidental de “dominación, reestructura y ejercicio de la autoridad sobre el oriente” (Said 1995:3) cuya estrategia de representación de un otro objetizado, primitivo y dependiente, diferencia al occidente que se inviste a sí mismo como uno. “Análoga a esta definición está la histórica dominación global de avances informáticos por parte de occidente, y en especial de los EE.UU.” (Leigh Morbey 2005).

Los EE.UU han ocupado un lugar preponderante en el paisaje de Internet, con un 60 % del porcentaje total de usuari@s, servidores y redes (Mierzoeff 2001:106) y el mayor porcentaje de tráfico global en la red. Esto es significativo teniendo en cuenta que aunque “la forma actual del sistema tecnológico sea incierta, quien controle las primeras etapas podría influenciar decisivamente su futura evolución, adquiriendo de ese modo ventajas competitivas estructurales” (Castells 1996:365). La distribución desigual de usuarios, infraestructura y beneficios económicos en el mundo es un fuerte indicador de que los procesos alrededor de Internet distan mucho de liberar a la humanidad sino que están “profundamente enraizados en la reproducción y perpetuación de estructuras de poder económico y político y de privilegios estructurados” (Paasonen 2000).

La International Telecommunication Union (ITU) ofrece cifras actualizadas y reveladoras sobre la distribución de Internet en el mundo. Con respecto a l@s usuari@s, en 2006 los países del G8 (Canadá, Francia, Alemania, Italia, Japón, Rusia, Gran Bretaña y los EE.UU.) sumaban “un 13% de la población mundial total y más del 40% del total de usuari@s de Internet”. En general, las ex-colonias de los llamados países desarrollados tienen las menores tasas de acceso e infraestructura, siendo el continente africano el más desfavorecido, una situación que amplía y se entreteje con condiciones históricas de pobreza e inequidades estructurales. Estas acuciadas disparidades entre regiones ya son parte de la agenda política de muchos gobiernos y de conferencias internacionales tales como la Cumbre Mundial para la Sociedad de la Información (WSIS por sus siglas en inglés), impulsada por las Naciones Unidas y celebrada en Ginebra 2003 y Túnez 2005. En general, los intentos por disminuir la llamada brecha digital consisten en donaciones de ordenadores y emprendimientos para llevar las conexiones de Internet a todos los rincones del globo. Según Hui Kyong Chun “aquéllos interesados en ‘cablear el mundo’ han reproducido las narrativas del ‘África profunda’ y de las misiones civilizadoras (...) confundiendo la difusión de conocimiento con las ganancias económicas” (2002:243). Esta visión es compartida por Maria Fernández, quien considera que “las retóricas utópicas de los

medios electrónicos ocultan el proyecto práctico de crear nuevos mercados y nuevas fuerzas de trabajo para empresas capitalistas” (Fernández 1999:60).

El problema es más complejo que la mera difusión de conexiones a Internet y tiene que ver con cómo se hacen. El mapa de la arquitectura de Internet muestra la predominancia de los países desarrollados como dueños de los principales nodos de tráfico de informaciones (OPTE sin fecha). Ello impacta directamente en la velocidad y el precio de conexión, siendo los usuari@s de los países en desarrollo quienes pagan las tarifas más caras por conexiones más lentas (APC 2005). Pero también implica problemas para la seguridad de los flujos de información, vigilancia y censura. Se menciona que mientras la primera ola de colonialismo “saqueó recursos materiales” (Leigh Star&Bowker 2002:159) de los países en desarrollo a los desarrollados, la segunda ola de colonialismo saqueará información (Ibídem).

Para 2009, las versiones utópicas sobre los beneficios de Internet están muy alejadas de la realidad, mientras continúa siendo privilegio de pequeños grupos según su clase socio-económica, género, edad, etnia y nacionalidad, y mientras su desarrollo es impulsado por intereses financieros y corporativos. En este sentido, este “universalismo utópico puede verse como reemplazo de los ideales de las “misiones civilizadoras” de anteriores colonialismos (...) y como ha argumentado elocuentemente Edward Said, la retórica humanitaria es crucial para los proyectos imperialistas, ya que es a través de dicha retórica que la gente decente se vuelve voluntariamente a favor del imperialismo” (Fernández 1999:59).

Un ejemplo de la retórica utópica y neocolonialista de Internet puede encontrarse en las publicidades de las mayores compañías proveedoras. Lisa Nakamura ha mostrado sus narraciones contradictorias que prometen equidad pero desdibujan “la presencia continua de significantes estables de otredad” (Nakamura 2002:257) que “la fábrica de imágenes corporativas necesita (...) para presentar sus productos” (Nakamura 2002: 263). IBM, por ejemplo, utiliza una serie de “imágenes idealizadas de los otros”, tales como un hombre hindú, un árabe en su camello y una chica Latina que se expresan utilizando lenguaje *high tech*, una tensión en la que “ello@s milagrosamente hablan como ‘nosotros’ pero aún se ven como ‘ellos’” (Ibídem).

2.4 Otredad negativa: los usuarios y l@s otr@s

En directa vinculación con los ejemplos antes mencionados, en el segundo nivel de otredad con respecto a Internet hay discursos legitimados y muy arraigados que definen unos en función de otros a través de procesos de inclusión y exclusión o, al decir de Ahmed, incorporación y expulsión (2000:6). Los sujetos que no participan en Internet son construidos como otros en contraposición con un modelo de usuarios tipo de Internet, basado en la dicotomía “conectados-no conectados”. Este paradigma es inherentemente negativo desde el momento en el que la diferencia es conceptualizada negativamente en términos de un estandar que define lo que unos tienen (ordenadores, conexión, ciertas habilidades informáticas) y otros carecen.

Antes de profundizar en ello, considero importante precisar la definición del Otro como diferencia negativa en la tradición filosófica occidental y sus apropiaciones feministas. En términos generales, el Otro se define como una categoría de subjetividad desempoderada en oposición a la cual se constituye la subjetividad dominante, tales como “el esclavo al amo, la mujer al hombre, la persona negra a la persona blanca, etc.” (Sturken & Cartwright 2001:361). En el pensamiento occidental hay una consolidada tendencia a considerar el Otro y su diferencia como algo negativo, amenazante, que requiere ser controlado (Godzich 1986:xiii).

En “El Segundo Sexo” Simon de Beauvoir desarrolla el concepto de la mujer como “el Otro” de la cultura patriarcal androcéntrica, en relación con el hombre como “el Uno” (Beauvoir citada en Pilcher & Whelehan 2004, mi traducción). El trabajo de de Beauvoir evidenció tempranamente cómo el hombre se erige como la única esencia y define a la mujer en términos de pura otredad. A su vez ella entendía que la mujer es cómplice de su propia subordinación, y no se reclama como sujeto porque “suele estar a gusto con su rol de Otro” (Ibídem). Su trabajo fue criticado, entre otras cosas, por homogeneizar la categoría “mujer”, pero fue pionero para el feminismo de su época y su conceptualización de la relación Uno-Otra ha sido muy influyente en posteriores Estudios Feministas sobre la construcción de lo femenino como subordinado en todos los ámbitos: económico, político, cultural, educativo, tecnológico. El posicionar a las mujeres como Otras en estos enclaves estratégicos de poder, configura actitudes de subordinación de por vida, a través de lo cual la femineidad es aquello en lo que la masculinidad se define a sí misma en términos de oposición y superioridad (Paechter citada en Pilcher&Whelehan 2004:91).

En consonancia con la tradición feminista de análisis de la otredad, me propongo extrapolar el concepto de lo Otro al campo de los Estudios Culturales sobre tecnociencia. Para ello he acuñado el término “otro tecnológico” o más específicamente “otro digital”, para

referirme a grupos y personas subordinados en relaciones de poder cuya otredad encarnada reverbera en el acceso y la apropiación de las TIC. Esta otredad encarnada se manifiesta en aquellos cuerpos que no responden al modelo universal humanista del hombre-blanco-joven-occidental-heterosexual, y que no gozan de los recursos materiales y simbólicos para ocupar el espacio digital. Este modelo universal marcó el perfil de los primeros usuarios de Internet, principalmente científicos, académicos y hobbistas, (Bakardjieva 2005:4) que aún hoy predominan como los expertos tanto en el imaginario cultural como en lugares claves de poder en el diseño, desarrollo y toma de decisión sobre las TIC. Los análisis de revistas como *Wired*, especializadas en TIC, resultan otra vez reveladores. Según Sarah Dempsey, la publicidad continúa reforzando los estereotipos femeninos y masculinos sobre los usuarios, “cultivando una forma omnipresente de masculinidad disidente que sitúa las tecnologías como dominio de una subcultura de elite, blanca y masculina. Esta vuelta al imaginario tradicional y conservador es especialmente alarmante ante la evidencia de la persistente exclusión de las mujeres de las culturas y ocupaciones tecnológicas” (2009:37).

Uno de mis argumentos es que en la construcción de la otredad digital, aún cuando actúan múltiples actores y discursos, muchas veces contradictorios, hay una escenografía montada, un mismo telón de fondo en el que, si bien los elementos se ensamblan y recombinan, la capacidad de nombrar el escenario, las denominaciones, imprimen a la obra una sola dirección. Así como vimos la carga ideológica de la conceptualización y circulación del término *sociedad de la información* (SI), ahora me detendré en el de *brecha digital*.

2.5 La(s) brecha(s) digitales(s)

La SI y su énfasis cuantitativo (Webster 2006:20) son el marco para el concepto de brecha digital que traza una cartografía numérica del grado de inclusión y exclusión que suponen las TIC para diferentes regiones, países y perfiles socioeconómicos. Al principio se la definía simplemente como la división entre conectados y no conectados a Internet, usuarios y no usuarios de los ordenadores; en todo caso, el énfasis estaba dado por el acceso a las TIC y, aunque no se explicitaba, se atribuían explicaciones a diferentes niveles socioeconómicos de las personas, sin desagregar la información en otras variables. Si bien este enfoque está aún vigente, ha sido muy criticado por presentar una visión parcial y limitada de un fenómeno mucho más complejo. Así comenzaron a concebirse múltiples dimensiones y pliegues de la brecha digital. En principio se complementó la división de conectados y no conectados con la edad, el sexo y la formación, lo cual reveló que las diferencias configuraban distintos niveles de estratificación.

También se consideró el carácter provisorio de las variables edad, sexo y etnia como causantes de desigualdad (van Zoonen 2001). Sin embargo, las diferencias de los ingresos socioeconómicos, a nivel individual como nacional, se consideran aún hoy los mayores obstáculos para la masificación de Internet (Ibídem).

Valerie Frissen advierte, sin embargo, que el concepto de brecha digital parte de premisas erradas. Una es asumir los efectos de las TIC como positivos en sí mismos y necesarios para todo ejercicio ciudadano. Ella desmitifica esta idea y defiende cómo los no-usuarios tienen “muy buenos motivos” para no incursionar en las TIC, como por ejemplo no sentirse aludidos por un diseño gestado desde el inicio para usuarios avanzados, o falta de motivación, o el entorno de sus redes sociales. Otra premisa es la idea misma de brecha, que asume la diferencia como algo estático y sinónimo de desigualdad, e instaura la dicotomía de los que “tienen” o “ricos en información”, y quienes “no tienen” o “pobres en información” (2005:273). Para Frissen las diferencias son dinámicas y varían, y muchos de quienes antes estaban ajenos a las TIC han empezado a interesarse a su modo. Una tercera premisa errada de la brecha digital es limitar la explicación de las causas de exclusión a aspectos cognitivos (falta de habilidades y conocimientos) o falta de recursos financieros. Para Frissen lo cultural pesa más en muchos casos, y ello se revela sólo concibiendo las diferencias en su multidimensionalidad.

En los esfuerzos por hacer de la brecha digital un concepto realmente útil para aprehender la realidad, se pluralizó su misma definición, distinguiendo al menos dos: una primera brecha digital concebida en función del acceso, y una segunda brecha digital en función de los usos. Centrar la atención en los usos permitió diferenciar varios niveles de intensidad, según las horas de conexión, la complejidad y diversidad de las aplicaciones cotidianas de los usuarios: usos informativos, recreativos, comunicativos, de programación y diseño, etc. y motivó exploraciones sobre las dificultades de acceso, antes invisibilizadas. Van Dijk, por ejemplo, elaboró una tipología para abordar las múltiples “barreras en el acceso a las TIC y el tipo de acceso que restringen (van Dijk & Hacker 2003) que veremos reflejadas en muchos de los testimonios incluidos en el capítulo tercero de este trabajo:

1. *“Falta de experiencia digital elemental* causada por falta de interés, temor al ordenador (“computer anxiety”) y falta de atracción hacia las nuevas tecnologías (“acceso mental”)
2. *No posesión de ordenadores y de conexiones a la red* (“acceso material”).
3. Falta de *habilidades digitales* causada por interfaces amigables insuficientes y por una educación o apoyo social inadecuados (“acceso de habilidades”).
4. Falta de *oportunidades de uso significativas* (“acceso de uso”)” (Ibídem).

Van Dijk & Hacker denuncian “la falta de información -en especial en las estadísticas oficiales- sobre las primeras experiencias de los potenciales usuarios de la tecnología digital” (2003:317). Los autores consideran que más investigaciones son necesarias para completar “los ingredientes de la mezcla de razones antes mencionada: temor, actitud negativa, falta de motivación” (van Dijk y Hacker 2003:318). Citan algunos estudios aislados que dan cuenta de los matices cualitativos de la brecha digital, que exploran las dificultades de acceso más allá de tener o no ordenador y conexión. Los resultados establecen que “la gente mayor, los de nivel educativo bajo y una gran proporción de mujeres, y analfabetos (funcionales) están fuertemente sobrerrepresentados entre la gente que carece de motivación” (Ibídem). Así, mientras ciertas estadísticas sobre acceso tienden a retratar un panorama optimista en donde hombres y mujeres comparten porcentajes similares de representatividad, algunos estudios cualitativos revelan que las mujeres enfrentan dificultades específicas por su condición de género.

En un amplio estudio sobre la segunda brecha digital, centrada alrededor de los usos y habilidades, Cecilia Castaño concluye que ésta afecta en gran medida a las mujeres y menciona las posibles causas, muchas de las cuales se reflejan en mi interpretación de las experiencias narradas por mis entrevistadas, detalladas en el tercer capítulo. En base a la literatura sobre la brecha digital de género (Bonder 2002, Castaño y Torre 2007, Hafkin y Taggart 2001, citadas en Castaño 2008) la autora identifica dificultades para la plena integración de las mujeres en la SI, vinculadas a su “posición en el mercado de trabajo” y, en estrecha vinculación, “problemas culturales e institucionales” (2008:58). Siendo lo laboral un ámbito clave donde las personas se inician en informática e Internet, la menor participación de las mujeres en empleos cualificados y bien remunerados con respecto a los hombres constituye un *handicap* de motivación. (2008:59) Asimismo, el tiempo es un bien escaso para mujeres con múltiples jornadas en que se superponen responsabilidades laborales con familiares y dejan poco tiempo personal para navegar en Internet o aprender informática (Ibídem). Habría entonces un entramado de desigualdades intrínsecas a los sistemas de género que condicionan cómo ciertas mujeres “perciben una menor utilidad de Internet que los hombres” (Castaño 2008:60).

Ello es corroborado a partir de un trabajo realizado desde El Observatorio e-igualdad de la Universidad Complutense (Departamento de Economía Aplicada V, Facultad de Ciencias Políticas y Sociología). L@s investigadores/as tomaron los datos de la *Encuesta sobre equipamiento y uso de tecnologías de la información y comunicación en los hogares (TIC-H)* de 2006 en España realizada por el Instituto Nacional de Estadística (INE). A partir de estos datos,

elaboraron sus propias gráficas y diseñaron estudios cualitativos con mujeres de diversos perfiles vinculadas al campo tecnológico como usuarias, trabajadoras e investigadoras. Considero este trabajo un interesante esfuerzo por materializar o dotar de cuerpos a las cifras de las estadísticas del INE, aunque como veremos más adelante, sus datos no sean siempre representativos de la complejidad de la realidad. La autora reconoce los límites de los estudios cuantitativos que “no ofrecen datos suficientes sobre el contexto de las personas y los hogares que permitan explicar el por qué de las diferencias y desigualdades de género, más allá de constatarlas” (Castaño 2008:61).

En el contexto europeo hay una tendencia alentadora hacia la equidad en el acceso a Internet entre hombres y mujeres (primera brecha). En 2007 “El número de usuarias de Internet aumenta constantemente y lo hace más de prisa que el de los hombres usuarios” (Castaño 2008:9) aunque las mujeres aun están “en torno a 10 puntos por detrás de los hombres” (Castaño 2008:56). Los países escandinavos tienen las cifras más altas de crecimiento de la cantidad de usuarias, en comparación con los países del sur de Europa central. En España “la brecha digital de género se ha incrementado en dos puntos entre 2003 y 2007” (Castaño 2008:57).

Una dimensión que permite abordar la consideración de la segunda brecha digital es aquella relacionada con la incorporación de las mujeres a los ámbitos donde se desarrolla la tecnología, tales como universidades, empresas de telecomunicaciones y *think tanks*. Castaño concluye:

“las mujeres están avanzando como usuarias elementales y primarias, pero no están en la generación de las tecnologías. Retroceden, incluso como profesionales o estudiantes tanto en UE como en los Estados Unidos (...) esto se atribuye a que persisten formas de discriminación relacionadas tanto con la capacidad y competencia necesaria para las TIC como con el acceso a los estudios, la industria y las empresas relacionadas con la generación de tecnologías” (Castaño 2008:60)

Tanto el enfoque de Frissen (2005), Van Dijk (2003), como el de Castaño (2008), complejizan las tendencias meramente cuantitativas de los indicadores utilizados en los estudios sobre brecha digital. En general, dichos estudios suelen atender a la infraestructura, clasificando a las personas consultadas en conectados y no conectados. Los resultados no suelen estar desagregados por sexo o dar cuenta de la perspectiva de género. Muchas veces, son realizados por entes reguladores o empresas de telecomunicaciones con enfoques técnicos o empresariales antes que socioculturales. “Históricamente, y aún hoy, los indicadores TIC se centran demasiado

en infraestructura y conectividad –en otras palabras, cuántos teléfonos están en uso antes que quién lo usa para qué” (Mahan 2007:77) cuando en cambio necesitamos preguntarnos “¿Qué se está midiendo exactamente? Pero sobre todo ¿qué es lo que no se está midiendo?” (Piscitelli s/f).

Aún en este contexto de ausencias e invisibilización, hay aproximaciones numéricas que, además de confirmar la existencia de brechas digitales territoriales (entre países; entre el medio urbano y el rural), económicas (entre quienes perciben ingresos altos, medios y bajos) y generacionales (entre jóvenes y adultos), permiten calcular *grosso modo* la existencia de brechas digitales de género presentes en todas las demás. Ello se acentúa o disminuye según las regiones del mapa, y se hace especialmente crítica en los países donde la feminización de la pobreza y la precariedad de los derechos económicos, sociales y culturales de las mujeres son moneda corriente. A modo de ejemplo, en el 2004 se estimaba que el porcentaje de mujeres usuarias de Internet según regiones era: 22% en Asia, 38% en América Latina y 6% en Medio Oriente (García Ramilo 2007:8). Sin embargo, al estudiar a las mujeres latinas inmigrantes en España estas cifras pierden su correlato geopolítico y demandan nuevos enfoques y conceptualizaciones.

Volviendo al trabajo de Castaño, en un apartado sobre “Mujeres de nacionalidad no española y las TIC”, la encuesta desagrega el uso de ordenador e Internet según nacionalidad, distinguiendo entre española y extranjera. En base a esos datos, Castaño concluye:

“Las mujeres extranjeras están incorporadas a las TIC en mayor grado que las españolas y la brecha digital de género, aún existiendo, es más reducida que entre estas últimas. No obstante, por lo general, la mayoría de ellas hace un uso más esporádico y menos intensivo, excepto entre quienes se conectan más de 20 horas semanales” (2008:126).

Mientras advierte cómo las encuestas sobre inmigrantes en general tienden a considerar “a las personas de otras nacionalidades que residen en España como un grupo homogéneo” (2008:125), Castaño apresura sus conclusiones sabiendo de las limitaciones pero sin problematizar lo suficiente en este apartado. Uno de mis argumentos aquí es que los mecanismos que otorgan a las mujeres, en este caso latinas inmigrantes en Granada, es la invisibilización de su existencia y de sus experiencias con Internet, colocándoles en la bolsa de “mujeres no españolas” en términos tan limitados y reducidos como acceder a una conexión, o usar un ordenador durante tanto tiempo o en x programa. Esta lógica típica del positivismo científico posiciona la descripción numérica de la realidad como la más objetiva y reveladora. Sin embargo, su incapacidad para dar cuenta del carácter relacional, vivencial y cotidiano de las

personas con los dispositivos tecnológicos, urgen a replantear su lugar como fuente favorita de conocimiento, especialmente en ámbitos influyentes de toma de decisiones como los gobiernos y las empresas.

2.6 La tercera brecha digital

Considerar los movimientos migratorios en el marco de la SI ha permitido abordar la brecha digital desde una problemática específica que sugeriría la existencia de una tercera brecha digital. En el apartado anterior me referí a la primera brecha digital, definida en función del acceso a ordenadores y conexión a Internet, y la segunda, que daría cuenta de las diferencias de uso y apropiación de las aplicaciones informáticas de la red. Ahora bien, la tercera brecha digital estaría definida por las inequidades existentes en el acceso, uso y apropiación de Internet por parte de cierto perfil de inmigrantes. Los colectivos inmigrantes constituyen un grupo específico a la vez que heterogéneo, integrado por individuos de diversos orígenes geopolíticos, socioeconómicos y culturales, cuyos proyectos y movimientos migratorios reflejan realidades plurales y dinámicas de una práctica ancestral como es el traslado de personas de sus territorios de origen a otros, por motivos políticos, económicos, sociales u otros. En este sentido, el concepto de flujos migratorios parece adecuado para dar cuenta de fenómenos complejos y cambiantes según el período histórico, la direccionalidad según lugares de origen y de destino, el perfil de los migrantes, entre otras variables.

Recientemente, la reconfiguración del modelo económico capitalista ha derivado en la proliferación de movimientos migratorios de los países pobres a los países ricos (Brah 1996:178), una tendencia que, al menos en el hemisferio occidental, coincide con la distribución desigual de recursos entre un Sur pauperizado y un Norte enriquecido. En lo que a América Latina respecta, desde los años 80, millones de personas han emigrado hacia EE.UU y Europa en busca de mejores condiciones de vida. Gran parte de ellas provienen de hogares de bajos recursos materiales y culturales, y se insertan en las tareas más precarias y peor remuneradas del mercado laboral del país de destino que, aún así, suelen ofrecer más oportunidades que en sus países de origen.

Desde la expansión de Internet en la segunda mitad de los 90, este perfil de inmigrantes ocupa un lugar ambiguo en las sociedades de la información, donde las competencias informáticas y de navegación en Internet se han convertido en elementos clave para la integración social y económica, para acceder y producir información en entornos que definen el

conocimiento como un bien con valor de cambio. El énfasis en el origen tercermundista de estos flujos migratorios es especialmente relevante en este contexto. Como mencioné al comienzo de este capítulo, la expansión de Internet no se ha dado de forma pareja en un mundo caracterizado por profundas desigualdades en la distribución de los recursos materiales, inclusive en el campo tecnocientífico. Ello ha derivado en un desfase en las estrategias de informatización y digitalización de las distintas regiones. Por un lado, la primera y la segunda brechas digitales son problemáticas que se sufren más en los países pobres; por otro lado, dichas brechas existen -aunque en menor medida- al interior de los países ricos. La tercera brecha digital acentúa esta tendencia ya que con el crecimiento sostenido de inmigración, la pobreza digital (un pliegue más de la pobreza) se instaure en el corazón de las sociedades más “avanzadas”.

Debo precisar que la literatura sobre tercera brecha digital¹³ es aún muy escasa e incluso divergente. Mi argumentación sigue la línea conceptual de Morales&Rodríguez que atribuyen la hipótesis de la tercera brecha digital a un informe sobre la población marroquí en las provincias de Cádiz y Málaga, presentado en 2007 a la Junta de Andalucía (Ribes *et al.* en Morales&Rodríguez 2008). El informe visibiliza la problemática de inmigrantes sin alfabetización digital cuyo proyecto migratorio los lleva a países en los que los gobiernos han adoptado mecanismos de interacción y construcción de ciudadanía basados en Internet. Ejemplo de ello son la presencia on line de los organismos públicos (ministerios, ayuntamientos, etc.) en lo que se ha llamado la e-administración y el e-gobierno. Estas iniciativas responden a un *ethos* que valora Internet como un mecanismo con gran potencial para fomentar espacios de participación más horizontales y desjerarquizados, una forma de descentralizar los servicios públicos, agilizar los procedimientos burocráticos, entre otros. Sin embargo, promover la ciudadanía digital tiene contrapartidas, instaurando desigualdades entre los ciudadanos que no han incorporado Internet a sus prácticas cotidianas, entre los que podemos presuponer se encuentran muchos inmigrantes adultos. Otra contrapartida es el encubrimiento de intereses políticos y económicos que instrumentalizan el acceso y conciben la SI como el espacio ideal para “flexibilizar y fragmentar la oferta de trabajo” (Morales&Rodríguez 2008).

Por más loable que parezca a primera vista, la inclusión digital así planteada imprime una coreografía hegemónica cuyo lema sería “aprende informática e Internet para integrarte mejor”, pero según una racionalidad predominante en la que constituye un capital simbólico necesario

¹³ Una búsqueda en Google el 7 de mayo de 2009, con la frase “third digital gap”, arrojó un sólo resultado en el que se la define como la diferencia entre ricos y pobres, ya sea entre países o regiones al interior de un mismo país (Gupta 2004)

para insertarse en el mercado laboral y de consumo. La ciudadanía digital, la construcción de redes sociales online, el activismo y otras aplicaciones, ocuparían lugares secundarios y condicionados a las demandas del mercado. Para Morales&Rodríguez, construir una elaboración crítica de la tercera brecha digital permitiría

“ir más allá de estos típicos planteamientos sobre el acceso y el uso de las nuevas tecnologías, y relacionar nuestra reflexión teórica con los últimos estudios de Comunicación y Sociedad que incorporan la variable migratoria, la etnicidad o la identidad, escapando de los clásicos determinismos socioeconómicos” (Wilson *et. al.* Citados en Morales&Rodríguez 2008).

Tal vez se pueda argumentar que lo que se llama tercera brecha digital ya está incluido en las definiciones de la primera y la segunda: en el fondo se trata de disparidades de acceso y uso, contextualizadas en un grupo social particular. No se trata de multiplicar las brechas digitales *ad infinitum* para dar cuenta de la exclusión digital por motivos de edad, sexo, etnia, nacionalidad, clase, etc. ya que estas variables no definen brechas digitales separables sino que se interseccionan formando un complejo entramado de realidades subjetivas y sociales. Su particularidad reside, sin embargo, en que revela cambios sustanciales en la forma de teorizar sobre la SI. Por un lado, la brecha digital llama la atención sobre las desigualdades estructurales que reproduce los mecanismos de exclusión, matizando las promesas optimistas de los ciberdiscursos. Por otro, entiendo que reinstaura las desigualdades que nombra al construir un factor más de otredad, midiendo accesos y usos en función de modelos universales y generalizadores que ocultan las diferencias de grupos de usuari@s. Cuantificar el acceso y definir intensidades de uso según este modelo limita enormemente un espectro de prácticas y experiencias situadas que se revela mucho más rico y diverso, y menos mensurable con las herramientas de los estudios cuantitativos. Considero que la brecha digital puede ser un concepto útil para describir las constelaciones de usuarios de Internet y TIC en general, pero necesita revisar sus preceptos básicos para ser reconceptualizado y complementado con estudios cualitativos.

La conceptualización del otro digital o tecnológico es una figuración inspirada en la realidad semiótica material de ciertos grupos sociales que, a través de sus prácticas, cuestionan y desafían su clasificación en términos de conectados-no conectados, usuarios avanzados-tardíos, primer y tercer mundo.

2.7 Otredad digital táctica o (in)apropiada

La otredad no siempre fue concebida en términos absolutamente negativos. Hay varias tradiciones teóricas y filosóficas que, desde diferentes disciplinas, asignan a los habitantes de los márgenes del poder económico, social y político, una posición privilegiada desde la cual fomentar cambios o, simplemente, adaptar el conocimiento hegemónico a los deseos y necesidades particulares de sus experiencias situadas. Son, entre otros, los subalternos de las teorías postcoloniales, los sujetos minoritarios de Deleuze y Guattari (1987:291-92), las mujeres en muchas teorías feministas que, según de Lauretis, habilitan lecturas que proporcionan “una emergente redefinición de lo marginal como lugar, y de identidad como desidentificación” (citada en Haraway 2004:58).

Desde la epistemología feminista, por ejemplo, Sandra Harding elaboró la postura standpointista según la cual las mujeres, por su posición subordinada en los sistemas de poder, acceden a y producen un conocimiento más objetivo, puro y no sesgado (cegado) que quienes detentan el poder científico (1993, 1986).

Las llamadas feministas de la diferencia, cuya “santa trinidad” integran las pensadoras postmodernas Elene Cixous, Luce Irigaray y Julia Kristeva, dedicaron gran parte de su trabajo a celebrar la otredad femenina como un sitio privilegiado desde donde criticar el patriarcado. Identificaron formas femeninas subversivas y emancipadoras de hacer y pensar, como la *écriture feminine*. Este privilegio de la feminidad inspiró los enfoques ciberfeministas más radicales, que conciben Internet como un espacio naturalmente femenino para el empoderamiento y la organización de las mujeres, mencionado en el capítulo primero. Este giro posmoderno de la teoría feminista revaloriza la diferencia no como equidad o igualdad, sino como otro.

El problema de los planteos desde de Beauvoir hasta muchas ciberfeministas ha sido asumir la otredad femenina como característica común a todas las mujeres, sin atender a otras variables interseccionales que marcan grandes diferencias entre ellas. Esta crítica surgió de quienes se sienten otras con respecto a las mujeres blancas, heterosexuales occidentales que teorizan sobre las mujeres como un grupo homogéneo, monolítico y estable (Mohanty 1984) y universalizan tanto las problemáticas y situaciones de opresión de las mujeres, como sus posibilidades emancipadoras, desde esa perspectiva privilegiada. Las feministas afroamericanas, chicanas, lesbianas y postcoloniales han destacado y reivindicado las múltiples dimensiones de la otredad cuando la diferencia sexual se cruza con diferencias étnicas, de clase, generacional, entre otras (Hill Collins 1991).

De muchos de estos planteos surgen formas diversas de pensar la otredad en términos complejos, deslizando a un lado las polarizaciones negativo-positivo, víctimas-empoderadas, para proponer miradas alternativas que den cuenta de espacios ambiguos de otredad en los cuales ser otra no es una identidad fija ni unitaria, sino que se inscribe en espacios de negociación permanente de las diferencias. Ello desdibuja las fronteras entre lo Uno y lo Otro, los límites se vuelven móviles y dinámicos, perdiendo la rigidez que tradicionalmente los definía. En esta línea se inscriben las figuraciones feministas del cyborg Harawayano (1991), el sujeto nómada de Braidotti (1994), las Netianas de Zafra (2005) y la conciencia mestiza de Anzaldúa (citada en Segura y Zavella 2008). Esta última inspiró los llamados Estudios de Frontera, al conceptualizar el sentimiento de habitar un espacio indefinido, o mejor dicho, definido como intersticio entre culturas, lenguajes y lugares. En esos intersticios de fronteras en movimiento, “mujeres, hombres, jóvenes, heteros y queers, adaptan, resisten y desarrollan nuevas estrategias para negociar las inequidades sociales” (Segura y Zavella 2008:537, *mi traducción*).

También el concepto de otredad inapropiada que Haraway retoma de Trinh Minh-ha (Haraway 1992:300), es ilustrativo para moldear la “otredad táctica” que quiero desarrollar aquí. Las autoras se refieren a:

“los efectos de otredad de las relaciones sociotécnicas y culturales en las sociedades capitalistas y postcoloniales, y de qué manera los diferenciales de poder a lo largo de líneas de género, etnicidad, clase, edad, preferencia sexual, etc. son construidas en la interacción con estas relaciones” (Lykke 2002:136, *mi traducción*).

Lo inapropiable estaría dado por la imposibilidad de ser clasificado ni como lo Uno ni como lo Otro ante el rechazo de los lugares asignados por las narrativas occidentales modernas de las políticas de identidad: “lo inapropiado es una forma de figurar la diferencia como una diferencia crítica *within*”, extensible a las relaciones entre humanos, lo orgánico y lo tecnológico no humano (Haraway 2004:70).

Propongo entonces hibridizar la otredad inapropiable con lo que antes di en llamar otr@ digital (construido en parte por la idea de brecha digital y por los ciberdiscursos) para conceptualizar la otredad digital táctica. Esta otredad se inscribe en un espacio ambiguo, de límites indefinidos e indefinibles, plagado de contradicciones y grietas en el cual los sujetos negocian sus condiciones de otredad y apelan a diversas tácticas para conseguir sus objetivos en las superposiciones e intersecciones de varios sistemas de organización y jerarquización de las

diferencias en las sociedades contemporáneas, principalmente el sistema sexo-género, el sistema democrático y el sistema capitalista. La otredad táctica se alimenta de los Michel: la conceptualización productiva del poder de Foucault y las tácticas cotidianas de de Certeau. Para ejemplificarla, tomaré el caso de algunas mujeres entrevistadas cuyos testimonios nos recuerdan que hay diferentes formas de pensar, experimentar y habitar Internet, al margen de los discursos tecnodeterministas, mercantilistas, patriarcales, ciberoptimistas e incluso académicos.

El sistema capitalista, originado a partir de la revolución industrial, se ha consolidado hoy como modelo único, fortalecido por las tendencias globalizadoras que han permitido descentralizar los sistemas productivos y exacerbar las desigualdades en la distribución mundial de riquezas y pobreza materiales y simbólicas, y la libre circulación de capitales pero limitada circulación de personas con un espectro de ciudadanía prófugas, precarias y diferenciadas. La demanda de mano de obra barata en industrias y servicios encontró su correlato en el sistema patriarcal que asigna roles diferenciados a hombres y mujeres, desestimando el valor de las tareas tradicionalmente femeninas, como el cuidado y las tareas domésticas. La precarización de los puestos de trabajo femeninos es dialécticamente acompañada de una feminización de la precariedad laboral, entre las que se incluyen tareas que inmigrantes del llamado tercer mundo encuentran en el primer mundo. En este sentido, las trabajadoras domésticas migrantes encarnan lo que Vandana Shiva denunciara en 1997: cómo “los cuerpos de sujetos empíricos que significan la diferencia (mujer/nativo/tierra u otros naturales) se han convertido en los cuerpos descartables de la economía global” (Shiva citada en Braidotti 2008:14). Estas mujeres asumen las tareas que sus pares del primer mundo no quieren o pueden por su inserción en puestos calificados, volviéndose, como elocuentemente muestra Rhacel Salazar Parreñas, las “sirvientas de la globalización” (2001)

Por su parte, los sistemas democráticos y su retórica de derechos humanos intentan, en mayor o menor medida, contener los desbordes del sistema capitalista por medio de políticas públicas de empleo y de inclusión digital. Es en ese marco que muchas mujeres migrantes encuentran mecanismos de acercamiento a la informática e Internet que, sin desestabilizar sus roles de género en el sistema, les ofrecen la posibilidad de vislumbrar otros horizontes de formación y realización personal, en una suerte de “agencia mediada tecnológicamente” (Vehviläinen 2002). Es en este sentido que la otredad (digital) se vuelve táctica en el sentido elaborado por de Certeau, quien naturalmente conecta ambos compartiendo una misma ubicación: “el espacio de la táctica es el espacio del otro” (de Certeau, 1984: 36-7). En la interpretación de su trabajo, Ian Buchanan destaca la relación complementaria y contradictoria de

las tácticas y estratégicas de Certeanas, que considero relevante citar *in extensu* por su relevancia para mi argumentación:

“La estrategia es una técnica de lugar, y la táctica es una técnica de espacio. La diferencia esencial entre ambas es la forma en que se relacionan con las variables que la vida cotidiana inevitablemente pone ante nosotros. La estrategia funciona para limitar el amplio número de variables que nos afectan, creando una suerte de zona protegida, un lugar en el que el entorno pueda tornarse previsible, si no propiamente domesticable (...) La táctica se refiere al conjunto de prácticas que la estrategia no ha podido domesticar. No es en sí misma subversiva, pero tiene un valor simbólico que no puede ser desestimado: ofrece una prueba diaria de la parcialidad del control estratégico y, al hacerlo, alimenta la esperanza de que, no importa cuán mal vayan las cosas, no son tan malas. En otras palabras, la táctica opera principalmente en el plano de la creencia” (Buchanan 2000: 88-89, *mi traducción*).

Las prácticas en Internet reales y potenciales de las mujeres entrevistadas no son subversivas en sí mismas, pero portan el valor simbólico de revelar la “parcialidad del control estratégico” activado en los sistemas de género, capitalistas y democráticos occidentales en que están inmersas:

“Las tácticas no son liberadoras en el sentido material de la palabra: las pequeñas victorias de la vida cotidiana no hacen más (pero tampoco menos) que resquebrajar la fatalidad del orden establecido” (Buchanan 2000:105, *mi traducción*).

Esta aclaración es importante porque durante mi investigación he luchado por evitar toda apología a las prácticas informáticas -incluso aquéllas alternativas al modelo de usuario universal- y las adscripciones empoderadoras fomentadas por los ciberdiscursos. Propongo ahora pasar de lo macropolítico a lo micropolítico para formular un marco contenedor de experiencias individuales en las que las otras digitales toman la palabra y se construyen subjetivamente en la verbalización de sus prácticas y expectativas con relación a Internet.

Cap 3. Internet en el espacio femenino de la diáspora

Las mujeres latinas inmigrantes constituyen un colectivo marcado triplemente por la otredad en el entendimiento binario de la realidad social que jerarquiza las diferencias entre hombres y mujeres, primer y tercer mundo, nacionales e inmigrantes. Muchas están, además, en la intersección de las variantes de brechas digitales mencionadas en el capítulo anterior. Como veremos en los apartados que siguen, las capacitaciones de inclusión digital también las interpelan como otras, ya sea desde la perspectiva feminista de las acciones afirmativas para mujeres, como de otras capacitaciones que las otrorizan reforzando los estereotipos de género como mujeres inmigrantes latinas. Con matices, las capacitaciones están inscriptas en discursos de inserción laboral e integración social e interpelan a las mujeres como otras en el sentido de excluidas digitales. La mayoría de las entrevistadas han llegado a los cursos por sugerencia de trabajadores sociales que sistematizan ofertas y demandas del mercado laboral para inmigrantes y/o desocupados. Las mujeres responden a la interpelación, quieren trabajar y formarse, pero sus motivaciones personales más fuertes están en el plano afectivo, en la necesidad de comunicarse con sus familias y amistades allá lejos, en sus países del otro lado del Océano Atlántico, en mantener los vínculos viejos, antes que buscar nuevos. La noción de otredad digital táctica de sus prácticas estaría dada en un doble movimiento. Por un lado, nos recuerda las limitaciones de modelos taxonómicos que clasifican perfiles de conectados y no conectados. Por otro lado, permite rescatar cómo los mecanismos de otredad, aunque problemáticos, habilitan espacios para las mujeres que de otra manera no hubieran sido, sino posibles, visibles, y cómo muchas de ellas adaptan a sus intereses y posibilidades lo que los cursos les ofrecen. Dicho esto, puedo avanzar en mi proyecto por una política de situación de Internet, que contextualice sus utilidades, potencialidades y debilidades en situaciones específicas de sujetos encarnados que dotan de sentido sus prácticas cotidianas.

Como mencionara en el capítulo primero, las mujeres entrevistadas no constituyen un grupo homogéneo ni una muestra representativa de las inmigrantes residentes en Granada. La selección de sus narraciones intenta precisamente atender a las diferencias y mostrar la diversidad de sus historias en el escenario migratorio granadino, en el que coexisten redes de solidaridad en asociaciones integradas por inmigrantes y otras dedicadas a la atención de la comunidad inmigrante, sea desde el gobierno local como desde organizaciones civiles. A continuación trazo un sucinto perfil de cada espacio donde se contactó a las mujeres, para luego focalizarme en sus testimonios, no sin antes dar algunas pinceladas sobre las estrategias de

inclusión digital en España.

3.1 Granada en el contexto de las estrategias públicas de inclusión digital

Con diverso énfasis, los gobiernos en las distintas partes del globo se han comprometido a instrumentar políticas públicas que faciliten y motiven la integración de la ciudadanía a los nuevos mecanismos democráticos posibilitados por Internet. En el contexto europeo, la cumbre de Lisboa de 2000, reunió a los gobiernos de los países miembro de la Unión Europea (UE) para, por primera vez, posicionar la inclusión digital como uno de los factores clave para convertir a la región en la más competitiva del mundo antes de 2010 (Castaño 2008:16). Desde entonces se han conformado varios equipos de seguimiento y se han confeccionado informes y documentos en los que se alude a la Sociedad de la Información (SI) en términos de competitividad regional y cohesión social. Muchos hacen referencia a la inclusión digital de los colectivos desfavorecidos, con énfasis en la discapacidad y centrados en la accesibilidad. La inclusión de las mujeres se basa en “el fomento y la mejora del empleo” (Castaño 2008:299), se considera la existencia de obstáculos culturales que influyen en la diferente actitud de hombres y mujeres hacia las TIC y se destaca la importancia de alcanzar la igualdad. Sin embargo, “no se visibilizan, en ningún caso, las situaciones particulares de los diversos colectivos de mujeres” (Ibídem). España ha seguido estas líneas estratégicas, instrumentando acciones y programas a nivel nacional, regional y local. El análisis exhaustivo de estas políticas excede las posibilidades de este trabajo, por lo que me limitaré a mencionar algunas iniciativas regionales para concentrarme en el caso andaluz y contextualizar dos programas puntuales de alfabetización digital en el cual participaron mis entrevistadas.

Cada Comunidad Autónoma española tiene sus propios planes estratégicos, tanto en el ámbito de las TIC y la SI como en las políticas de igualdad entre hombres y mujeres. En dicha intersección se sitúan varias iniciativas de inclusión digital a nivel regional, especialmente para promover la presencia y colaboración de mujeres inmigrantes en Internet. Un ejemplo es el Proyecto AlfaBeta de Cataluña, *Proyecto para la Alfabetización Mediática y Digital de Mujeres Inmigrantes*, que destaca las aplicaciones de Internet como medio de inclusión social y laboral en el que las mujeres “reafirman sus capacidades personales, su autoestima y su motivación de aprender. Todo ello favorece su Capital Social al traducirse en mejoras de su situación personal, de sus opciones y su calidad de vida” (AlfaBeta sin fecha). También se destaca la importancia de

la creación de redes “como un vínculo de sentido con sus países o lugares de origen, como potenciando vínculos con su comunidad en la diáspora y ayudándoles a establecer otros nuevos con personas e instituciones situados dentro de su nuevo contexto de llegada” (Ibídem) Con objetivos similares, en la Comunidad de Castilla y León se creó un portal web de información y recursos para mujeres inmigrantes, <http://www.portalin.es>, que fue presentado en noviembre de 2008 durante la Jornada '*Mujer, Inmigración y Nuevas Tecnologías*' organizada por la Asociación de Madres Solteras Isadora Duncan, dentro del Programa *Centro de Día para Mujeres Inmigrantes* (Casa Isadora Duncan 2008).

En la Comunidad de Andalucía hay varias iniciativas de inclusión digital, tal vez la más ambiciosa sea la Red Guadalinfo, definida como “la ciudad virtual más grande de Andalucía, compuesta por casi 700 centros y cerca de medio millón de usuarios (...) que encuentra en el entorno digital el espacio en el que la sociedad andaluza se transforma para superar límites culturales, económicos y sociales” (Guadalinfo sin fecha). Los centros organizan cursos orientadores de informática e Internet abiertos para todos los residentes en Andalucía -inclusive los inmigrantes- y sus actividades e informaciones se compendian en el portal web. Esta iniciativa se enmarca en el Plan Andalucía Sociedad de la Información 2007-2010, impulsado por la Consejería de Innovación, Ciencia y Empresa. Con una subvención de dicha Consejería, la Concejalía de Igualdad de Oportunidades del Ayuntamiento de la ciudad de Granada instrumenta desde 2004 los cursos “Internet para tod@s”. Este programa de Alfabetización Digital se enmarca en el *Plan Municipal de Igualdad de Oportunidades entre mujeres y hombres* que actualmente va en su cuarta edición. Los cursos se ofrecen gratuitamente en el Centro Europeo de las Mujeres Mariana de Pineda a todas las mujeres residentes en Granada, en sesiones diarias de una hora y media durante dos semanas. Se trata de una estrategia política de acción afirmativa para motivar curiosidad y entusiasmo a las participantes, y de ese modo paliar la segunda brecha digital desde un ámbito institucional local. Vehviläinen destaca la importancia de este tipo de iniciativas orientadas a:

“quienes se desvían del ideal (liberal), en una sociedad occidental de la información, del hombre blanco, de clase media y con estudios. Personajes diferentes y contradictorios, como la mujer que no puede tipear, deberían encontrar sitio en los cursos que se desarrollan en términos de “acceso equitativo” (2002: 288, *mi traducción*).

Aunque no existe un desglose del porcentaje de mujeres inmigrantes que asisten, tanto la coordinadora como una de las monitoras de los cursos han percibido un aumento de participación de las mujeres inmigrantes. La coordinadora de los cursos, Agente para la Igualdad Inmaculada Carmona Cuesta, explicó que la iniciativa surgió ante la constatación estadística de “una brecha digital grande entre las mujeres granadinas, especialmente entre las mujeres mayores de 40 años”. Según Carmona, ello preocupó a las autoridades por considerar informática e Internet como necesarios para la participación y la inclusión de las mujeres “tanto en el mercado laboral como en cualquier tipo de búsqueda de recursos”. Esta línea de acción se continuará en el cuarto Plan de Igualdad que se elabora en 2009, ya que, según Carmona

“hay ordenadores en un porcentaje elevadísimo de viviendas, sin embargo las mujeres no utilizan el ordenador “familiar” porque tienen miedo al aparato (...) porque se ha socializado a la mujer así (...) Partimos de la premisa de que las mujeres tienen más reticencia a usar los ordenadores, ese miedo a que se le borren cosas, a no saber, a que se le bloquee”.

Los cursos tienen la particularidad de incluir un módulo sobre género:

“Para nosotras es importantísimo que, en cualquier actividad que se haga desde la Concejalía de Igualdad, pues de una forma transversal las mujeres que vienen adquieran conciencia de que hay desigualdades por razón de género (...) Tenemos ese espejismo de la igualdad que parece que somos todas iguales, porque la igualdad legal está, pero la real no ha llegado todavía”.

La duración de los cursos es de un promedio de 15 horas distribuidas en dos semanas. Carmona constató que en las evaluaciones de fin de curso las mujeres suelen expresar que les parece demasiado breve, y a este respecto comentó: “Para alguien que nunca ha visto un ordenador parece poco tiempo, pero la idea es crear ese gusanillo para usar el ordenador de la casa o del ayuntamiento, de una manera autodidacta con los poquitos conocimientos que tenga”.

El enfoque de la capacitación de MP sigue la línea del enfoque feminista liberal¹⁴ que, como amplió en el capítulo primero, se basa en extender el acceso a las TIC a la mayor cantidad de mujeres posibles a través de acciones positivas que compensen las desigualdades por motivos de género.

La búsqueda y mejora de empleo comparten el lugar principal de los motivos atribuidos a

¹⁴ El enfoque liberal en este contexto debe entenderse en el marco de lo expuesto en el capítulo primero sobre feminismo liberal y tecnología.

formarse como usuarias de Internet, junto a la comunicación. Esta conclusión se deriva de los testimonios de muchas de las entrevistadas, así como de una monitora del curso impartido en Mariana Pineda quien afirmó:

“la gran mayoría quiere comunicarse con su país, entonces quieren aprender correo electrónico, poder chatear, y hablar con su familia. También, quieren mirar sus expedientes en inmigración, sus trámites, ir soltándose. En un ejercicio de búsqueda en Google, por ejemplo, cada una busca lo que le interesa y muchas buscan trabajo (...) Cuesta más a las mujeres mayores, pero gente inmigrante mayor hay poca”.

Otro grupo de mujeres inmigrantes entrevistadas participaba en cursos de capacitación organizados por la Fundación Albiar (FA) en cuyo folleto informativo se define como

“una entidad privada sin ánimo de lucro, cuyos fines son la promoción social y cultural de la mujer y su plena integración en la sociedad, la defensa de sus derechos y el reconocimiento de sus legítimas aspiraciones en todos los órdenes” (FA sin fecha).

También organizan actividades para “la promoción de la familia y juventud en España, solidaridad en favor de los estratos más desfavorecidos, ancianos e inmigrantes y cooperación al desarrollo en otros países” (Ibídem). La capacitación informática se apoda “proyecto Guadalupe” (en honor a la virgen mejicana, por la predominancia de mujeres de ese origen que participaban en los inicios), y se complementa con otros cursos que se ofrecen especialmente a mujeres inmigrantes para que puedan insertarse en el servicio doméstico español: cocina, costura, limpieza del hogar. La idea de los cursos surgió de la inquietud informal y espontánea de un grupo de amigas españolas que percibe cómo el desconocimiento del entorno impide a muchas inmigrantes desempeñarse como domésticas¹⁵. Los cursos de informática se ofrecen los sábados de tarde en las instalaciones del Colegio Mayor Albaycin y son precedidas de una misa religiosa opcional en una pequeña capilla allí situada. Este horario se ajusta a los días libres de las mujeres que se desempeñan, en su gran mayoría, como empleadas domésticas internas.

¹⁵ En una conversación informal, una de las coordinadoras enfatizó que la Fundación considera la perspectiva de género en la planificación de sus actividades, al ayudar a las mujeres a mejorar sus situación, pero reconoció que las premisas desde las cuales se trabaja han sido fuertemente criticadas por personas y grupos feministas, por entender que reinscriben a las mujeres en sus roles tradicionales.

Asociaciones de inmigrantes

En un principio, me interesaba contactar mujeres organizadas como inmigrantes para indagar si, en caso de utilizar Internet, lo hacían en relación a su actividad política. Esta hipótesis de trabajo pronto se desmoronó ante la realidad de asociaciones que mantenían su personería jurídica pero que en la actualidad no están activas, y significó un cambio en los énfasis de la investigación. De todas formas, contacté algunas mujeres vinculadas con las asociaciones cuyos testimonios sobre sus experiencias en Internet a nivel individual me parecieron pertinentes de incluir. Entrevisté a tres mujeres de la *Asociación de uruguayos y uruguayas en Granada* y a dos hermanas de la *Asociación de mujeres inmigrantes uno=uno*.

Ambas asociaciones tienen como ejes principales de actividad la difusión de la cultura latinoamericana y el apoyo a l@s recién llegad@s a Granada, brindando información, asesoramiento y jornadas reflexivas sobre la condición inmigrante. Ambas son asociaciones pequeñas, con un promedio de diez personas participando regularmente en sus momentos de mayor actividad. En ambos casos, la desarticulación de los grupos se adujo al alejamiento de los miembros, ya sea por desavenencias internas como por viajes a otras regiones o a los países de origen. En relación a ello, se mencionó la crisis económica como un factor de peso para que la gente estuviera pendiente de problemas personales y no pudiera dedicar tiempo a reuniones y actividades como sucediera otrora. Otro motivo es la aparente estabilización de la política de extranjería española, que es uno de los hechos que mantuvo a estas asociaciones nucleadas y especialmente activas hasta alrededor de 2002.

3.2 Las micropolíticas de Internet en la vida de las mujeres¹⁶

La valoración de los testimonios recabados me presenta el desafío de situar tendencias y divergencias según coordenadas interseccionales de análisis que consideren múltiples variables, tales como las olas migratorias, la vinculación de las mujeres con la asociación de/pro inmigrantes y la capacitación del ayuntamiento, la edad y el nivel de usuarias de Internet. El vínculo asociativo marca diferencias fundamentales en los perfiles económicos y socioeducativos de las mujeres, en estrecha correspondencia con sus experiencias en la red, al punto que esto constituye un eje diferenciador entre las entrevistadas. Todas las mujeres

¹⁶ La transcripción de las entrevistas constituyen material confidencial en posesión de la autora de este trabajo. A los efectos de la presentación de los testimonios, se utilizan nombres ficticios.

participantes en las asociaciones de inmigrantes que fueron entrevistadas tienen una titulación técnica o profesional y son usuarias habituales de Internet. Las mujeres vinculadas a las capacitaciones del ayuntamiento o la asociación pro inmigrantes, en cambio, conforman un grupo más homogéneo cuyos perfiles socioeducativos, aunque presentan diferencias, se diluyen en el destino común de trabajar en el servicio doméstico de Granada.

Las olas migratorias que marcan el período histórico que motivó la emigración son también un factor diferenciador de los testimonios y perfiles. Tres de las entrevistadas emigraron en las décadas del 70 y 80, dos de las cuales, uruguayas, lo hicieron por motivos políticos ante la instauración de la dictadura militar. El tercer caso, brasileña, lo hizo por motivos personales de desvinculación de su pareja. Las demás entrevistadas emigraron en el período más reciente. Una peruana viajó en la década de los 90 por motivos profesionales. Otras mujeres emigraron a partir de 2000 y atribuyeron las causas de su emigración a motivos principalmente económicos: una uruguaya para mantener su estatus de vida frente a la crisis económica de la región en 2002, y las demás mujeres para mejorar sus recursos económicos con respecto a la situación que vivían en el país de origen.

Por un lado, es posible identificar inquietudes y valoraciones similares con respecto a la posición subjetiva de ser mujeres inmigrantes y usuarias -potenciales y reales- de Internet, que trascienden las diferencias de sus contextos de enunciación. Así, todas las entrevistadas, independientemente de su perfil (aunque con distintos matices), valoran positiva y necesaria la alfabetización digital y destacaron el rol relevante de Internet como facilitador de la comunicación a distancia con sus familias en los países de origen. A continuación propongo un ordenamiento de sus narraciones en base a tres focos: las experiencias de (re)aprendizaje informático, la articulación de los roles maternos con los de usuarias de Internet, y la negociación del tiempo familiar y el tiempo propio. Estos focos no son compartimentos estancos y fácilmente segmentables, ya que los temas de se repiten y entrecruzan entre distintos testimonios y dentro de un mismo testimonio. Más bien apuntan a guiar la lectura en términos de coincidencias y divergencias, y a posicionarlos de modo tal que son transversalizados entre sí y por otros temas recurrentes como la autoestima y la superación personal, los miedos, las reticencias y las satisfacciones.

Aprender y recordar

Las dos uruguayas que emigraron por motivos políticos en los 70 incursionaron en la red ya en España. La mayor en edad, Nadia, 64 años, educadora social, se definió como “una analfabeta de Internet y de ordenadores”, a pesar de haber aprendido diez años atrás y recurrir a ello diariamente en su trabajo. “Soy usuaria *amateur*, obligada, y siento que me domina el ordenador, que surgen cosas que no se resolver”, expresó. Esta percepción coincidiría con los resultados de algunos estudios que han indagado cómo las mujeres tienden a infravalorar el conocimiento tecnológico que poseen (Castaño 2008, Henwood 2001). Como se mencionara en el capítulo anterior, los ambientes laborales y educativos actúan como incentivo para la formación en TIC. Es el caso de Olivia, uruguayana de 40 años, cuya profesión de diseñadora gráfica la acercó a la informática desde los inicios. Su experiencia como internauta es la más avanzada de todos los testimonios recabados.

En el caso de Nadia, lo laboral más que un incentivo lo sintió como un imperativo:

“Utilizo Internet por obligación, porque en el trabajo hay ordenadores, y hay que meterse para buscar datos y eso (...) hago búsquedas en Google para organizar los programas [educativos] y el correo electrónico (...) No es una cosa que me llame la atención, aunque entiendo que es la mejor forma para comunicarse sobre todo cuando uno [sic] tiene familia fuera de Granada”.

Sus inicios informáticos fueron autodidactas, sin cursos formales y con el apoyo de “compañeros más jóvenes que sabían más”. Nadia se siente ajena a Internet y a la tecnología en general:

“yo me resistía, el ratón me daba miedo, me parecía que iba a tocarlo y se iba a desarmar el ordenador. Sentía eso porque no lo había usado nunca (...) Siempre me he resistido a todo lo que sea tecnología, mismo al móvil, yo debo haber sido la última persona que empezó a utilizarlo”.

Este sentir lo atribuye a un tema generacional ya que ve que no afecta a los niños y las niñas que crecen con Internet. Compró ordenador y contrató la conexión mientras su hija vivió en la casa, “por sus estudios”, pero ahora ya no. En general prefiere comunicarse con su familia y amistades de Uruguay por teléfono y carta, pero de vez en cuando apela al correo electrónico, sobre todo para escribir a su nieto de siete años. “Se que es muy importante para todo, pero no me entusiasma. Para la juventud es un arma fabulosa, amplía los horizontes. Yo prefiero leer y

escribir”.

Su reticencia a convertirse en internauta no le impidió, sin embargo, entusiasmar a Regina, su compañera uruguaya de la Asociación, para que abriera su propio correo electrónico. Regina todavía recuerda vívidamente la travesía en barco que la trajo a España en 1975, huyendo de la dictadura con un su bebé de un año. Hoy, con 59 años, trabajadora social, se define como un adicta reciente de Internet y negocia los tiempos de uso del ordenador doméstico con su marido e hijo. Aprender a manejar el ordenador e Internet fue para ella un logro personal de autonomía:

“Yo quiero conseguir las cosas por mi misma, ser capaz, y no me gusta depender. Mi vida ha sido una constante dependencia, de tener que ir a un sitio y que me lleven por no saber conducir. Pero aprendí a conducir hace 5 años”.

Un año antes, en 2003, hacía su primer intento informático:

“Yo siempre decía *¡tengo que conseguirlo!* No tenía ordenador ni nada, fui a la Biblioteca de Andalucía, ahí te permitían conectarte a Internet durante una hora, pedí mi turno pero me pasé 50 minutos buscando la arroba, no la encontraba por ningún sitio. Le pregunté a un monitor y no sabía, le preguntamos a un chico que estaba conectado, pero entonces me quedaban 10 minutos”.

Y la tenacidad individual se complementó con cursos de capacitación en el trabajo:

“eso me ayudó a ir perdiendo miedos (...) El ordenador no es que ordena por sí, sino que es un mecanismo que uno tiene que saber como funciona y si no lo usas adecuadamente... Se me han borrado cosas por no grabarlas, millones de veces. Te tienes que equivocar un montón de veces para entender”.

Luego la familia compró un ordenador para la casa, en especial para el hijo, que también le explicó algunas aplicaciones. Al igual que Nadia, Regina atribuyó las dificultades y los miedos a una cuestión generacional, de no haber crecido con esa tecnología y sentirse “muy torpe para aprender”. Sin embargo, su marido Ariel, de su misma generación, no expresó dificultades ni resistencias a aprender en su entorno laboral, ayudado por compañeros de trabajo. Para Regina, el apoyo y la paciencia de su marido y su hijo fue y es muy importante. “Al principio dependía mucho de ellos (...) mi marido me explicó 25.800 veces las cosas que me costaban”. Y por supuesto el apoyo de Nadia, con la que empezó a intercambiar correos electrónicos. A su vez,

ella motivó a dos amigas a incorporarse a Internet. Una “tenía rechazo al ordenador (...) pero tenía que empezar a trabajar, y le iban a pedir [esa formación] (...) hizo un curso que la ayudó a entender, y luego se ve que las hijas la ayudaron a hacerse la cuenta de correo”. La otra amiga se había divorciado y todavía mantenía la cuenta de correo con el apellido del marido. “*¡Dejate de joder!* le dije, *¿cómo es posible?* (...) Tanto la jorobé que un día me senté con ella y estuve como dos horas [creando su email], aparte yo no soy muy ducha, hay cosas que todavía me cuestan”. En un futuro cercano, Regina espera poder hacer un curso específico de Internet. “Lo que he aprendido es por el apoyo que he tenido, por mi interés, por mi motivación y por mis ganas”.

Otros testimonios destacaron la importancia de hacer cursos pero lo vincularon necesariamente a tener un ordenador disponible para practicar. Las mujeres latinas entrevistadas a través de la Fundación Albihar (FA) y del centro Mariana de Pineda (MP) comparten mayoritariamente la experiencia de estar empezando, en muchos casos por primera vez, a manejar el ordenador e Internet. En los testimonios de estas mujeres que inician el proceso de aprendizaje es posible situar una manifestación de la conciencia anticipatoria teorizada por Ernst Bloch:

“Una conciencia de posibilidades que aún no se han manifestado, pero que podrían eventualmente ser realizadas (...) los deseos utópicos intentan cambiar el presente integrando futuros posibles, es la cualidad de la esperanza que transforma este presente. El reconocimiento de que futuros posibles están latentes en el presente simultáneamente habilita la pertenencia [espacial] y el devenir [temporal]” (Bloch citado en Munt 2001:6).

Los procesos de aprendizaje son motivados por mejorar las condiciones del presente, ya sea situaciones laborales, de comunicación a distancia y de fortalecimiento de lazos afectivos con quienes están lejos y cerca, todo lo cual nace de las proyecciones a un tiempo futuro.

Además de los cursos, muchas de las entrevistadas comparten el uso de locutorios como lugares de acceso principales, ya que no poseen ordenador propio o conexión en sus lugares de residencia. Para Amanda esto constituye un obstáculo para su formación. Colombiana de 55 años, llegó hace tres años “escapando de la guerra y buscando mejorar su situación económica”. Ahora trabaja “cuidando a una abuela” y los sábados de tarde asiste a los cursos de cocina de la FA. No se queda al curso de informática e Internet que se imparte a continuación, aunque dice que le gustaría:

“Uno [sic] en Internet se informa de muchas cosas y se puede comunicar mucho más barato en el país de uno por medio de Internet (...) más adelante que me compre un ordenador tengo pensado [aprender]. Por ahora, lo que pasa es que yo podría empezar aquí pero dentro de ocho días que venga ya se me ha olvidado. Tengo que tener en qué practicar, y donde yo trabajo no tengo la forma. No recordaría todo”.

Su trabajo de acompañante interna le impide salir de la casa durante los días hábiles, por lo que no podría practicar en un ordenador de locutorio más que los fines de semana: “tendría que tenerlo yo, comprarlo y tenerlo donde trabajo”, afirmó.

En casa de Mirta, brasileña de 51 años, hay un ordenador de su hija con conexión a Internet pero ella no lo usa mucho. “Lo prendo pero sólo puedo escribir practicando las letras, escribo todo el nombre de las personas (...) Mi hija no tiene paciencia para enseñarme, y me dice que no entre”. Ha empezado con entusiasmo los cursos en Mariana Pineda, quiere comunicarse con sus amigas a la distancia y preparar su curriculum vitae (CV). “Lo más difícil es recordar... dónde hay que pinchar, eso me cuesta un poco”. Por ahora, su acceso a Internet se restringe a las dos horas semanales del curso ya que no tuvo buena experiencia en el locutorio: “Me da vergüenza pedir ayuda. El otro día pedí a la chica si podía poner mi fotografía en el CV, y ella me dice *nosotros no estamos aquí para enseñar* y yo le dije *pero voy a pagar por la tarea*, y al final otro muchacho de ahí me ayudó”.

En ambos grupo de participantes de los cursos de informática de la FA y de MP, las mujeres más jóvenes buscan repasar y recordar los conocimientos ya adquiridos en sus países de origen. Joaquina, boliviana de 31 años, aprendió mientras estudiaba administración de empresas: “Desde hace cuatro años lo utilizo muy poco, salvo para chat. Aquí lo uso para ofertas de empleo, y antes con relación a las materias de mi carrera”. Ahora quiere “tener un certificado y poner en el curriculum”. Úrsula, otra joven boliviana de 32 años, quiere refrescar lo que aprendió hace diez años mientras cursaba Comunicación Social y Secretaría Ejecutiva. “Se me ha olvidado un poco y he venido a recordar, porque si no practicas, se te va”.

En Paraguay, su país natal, Diana de 42 años siempre trabajó como pequeña comerciante, hasta que un robo la fundió y motivó a venir a Granada para trabajar y pagar sus deudas. Hace 6 años que vino sola, y luego trajo a su marido e hija que hoy tiene 13 años. Ahora que está en el paro, aprovecha para mejorar lo que es su vocación, el comercio:

“Cada día va más avanzado para estudios y negocio en formato electrónico. Tengo ordenador en casa pero no lo puedo utilizar porque no sé, quiero comprar una cosa y no puedo hacerlo por Internet. Y si pienso algún día tener un negocio y tengo que usar un ordenador, ¿cómo lo hago? Tengo que hacer un curso para aprender a usar el aparato”.

Tiene una casilla de correo que le abrió su hija y así se comunica con sus hermanas que están en Buenos Aires. Desde que empezó el curso, ella también enseña a su hija cosas que la niña aún no sabe, y a su marido. “Ahora voy y doy clase en mi casa”, dijo orgullosa.

Las mamás conectadas

La informatización como habilidad complementaria del rol maternal emergió en varios testimonios. Úrsula, cuyo proyecto migratorio consiste en regresar a Bolivia y reencontrarse con sus hijos de 12 y 6 años que quedaron con su ex esposo, expresó que lo hace por ellos:

“Más que todo para guiarlos a mis hijos, porque si algún día me preguntan algo yo voy a estar ignorante en ese tema, y no quiero pasar vergüenza con mis hijos. Porque yo salí bachiller, estudié Comunicación Social, y que no sepa nada de ordenadores, ¡eso va a ser la leche!”

Para Rosario, colombiana de 43 años, también es importante ser una madre actualizada:

“Hay que ir como va el mundo, al ritmo del mundo. Ahora es la informática. Antes no me llamaba la atención y yo prefería comunicarme por teléfono. Ahora estoy muy interesada en conocer sobre el tema, colaborarle a los niños con las tareas. Ayer mi niño tenía un deber sobre el tema de Colombia, y para mí fue muy fácil entrar [en Internet] a ver todo lo referente a Colombia. [En casa] tengo ordenador pero no Internet (...) él ya sabe, pero a veces los muchachos quieren hacerle la trampita a uno [sic] de que “sí fui y no encontré.” Entonces ya se que no me puede hacer la jugada. Fuimos los dos y consultamos”.

El hijo de 19 años de Jacinta, peruana de 51 años, tiene que portarse bien en el colegio y cumplir todas las tareas, ya que su madre le monitorea por Internet con un número de usuario y clave familiar que les dan a todos los padres y madres para consultar notas, ausencias y todo lo relacionado al rendimiento escolar de sus hijos.

En muchos testimonios la principal motivación para informatizarse, para aprender y o recordar, es la comunicación con hij@s que están geográficamente lejos. María, boliviana de 51 años, cuenta con orgullo que tiene tres, todos profesionales, de los cuales dos hijas viven en Bolivia y uno en Buenos Aires. Antes de venir a Granada, hace menos de un año, vivía en la capital argentina con su hijo que le enseñó a comunicarse por Internet con quienes quedaron en Bolivia. Si bien su hermana, que también vive en Granada, tiene un ordenador, ella prefiere revisar el correo desde el locutorio o desde las máquinas que usan en los cursos porque “si no es tuya, entonces da un poco de miedo, haces un click en cualquier lado y se dispara para todos

lados”.

“Mis niños me decían *“ay mamá tenés que aprender”*”, contó Laura, boliviana de 56 años, “y yo nunca daba importancia, como trabajaba, no me daba tiempo para nada. Y ahora, aquí, me arrepiento que no aprendí”. Antes de viajar, hace cinco años, sus hijos la ayudaron a buscar información en Internet sobre los trámites administrativos necesarios para vivir y trabajar en España. Ahora lo que más ansía es aprender a chatear con sus hijos, pero aquí en Granada dice que tampoco tiene tiempo porque trabaja a tiempo completo como empleada doméstica interna en la casa y el comercio de sus empleadores.

El tiempo

Varias expresiones populares aluden al valor del tiempo que “es oro” o un bien “escaso”, un ente “tirano”, cuyas 24 horas del día “no alcanzan”. Ello adquiere vigencia hoy más que nunca con los acelerados procesos de la economía global, que imprimen largas jornadas laborales dentro y fuera del hogar. Varias investigaciones feministas han demostrado cómo las mujeres soportan lo que se ha dado en llamar dobles o múltiples jornadas, sea por incorporarse a un mercado laboral precario o, aún quienes acceden a puestos calificados, todas las mujeres cargan con los roles tradicionalmente femeninos en los que las tareas del hogar y cuidado de otros miembros familiares son su responsabilidad. Ello se ha agravado con las reestructuras económicas que, en la mayoría de los países, han recortado los presupuestos públicos de los estados de bienestar que otrora financiaban servicios sociales tales como guarderías, cuidado de ancianos y personas dependientes (Sainsbury 2002, Young 1999). Todo ello ha recaído sobre los hombros de las mujeres directamente, o indirectamente pagando a otras mujeres que realicen dichas tareas por ellas. La carrera contra el tiempo es un deporte bien conocido por mujeres de muy diversos perfiles socioeconómicos, étnicos y etarios. Y fue un tema recurrente en las entrevistas con estas mujeres que incursionaban en Internet. Sobresalió más en los testimonios de las empleadas domésticas, en que Internet no forma parte de su trabajo sino que se inscribe en el tiempo propio, libre, de ocio y recreación.

En este sentido, es interesante destacar cómo muchas mujeres entrevistadas, aunque tienen largas jornadas laborales, están lejos de sus familias y ello les deja más tiempo para realizar actividades que antes no concebían en sus apretadas agendas. En esos espacios, los cursos de Internet e informática encuentran su lugar. Así Úrsula, cuyo proyecto migratorio es volver a Bolivia con dinero para sus hijos, dice que quiere aprovechar a hacer los cursos ahora

porque luego no le va a quedar “tiempo para estudiar ni nada”. Socorro, nicaragüense de 54 años, expresó: “en mi país he trabajado todo el tiempo, no tenía tiempo ni para mí, y aquí teniendo la oportunidad, lo aprovecho”. Ella también aspira a ser una mamá conectada, y su principal ambición es comunicarse con su hijo que vive en EE.UU. “Tengo casilla de correo porque me lo hizo mi amiga, entonces yo escribo y ella me dice “*cierre, abra*” y yo pongo la contraseña (...) Quiero aprender a hacerlo sola.”

Quienes viven en Granada con su familia, tienen que negociar los tiempos y encontrar los intersticios libres. Y por supuesto las ganas. Joaquina afirma que “tampoco puedes estar tanto tiempo navegando, máximo dedicaría unas dos horas [diarias porque] tengo un niño y tengo que trabajar”.

En su grupo de amigos del liceo con los que Regina se reencontró en Internet, ha observado que los hombres suelen escribir más que las mujeres: No lo atribuyó directamente al tiempo disponible de cada quien, pero sí vinculó la disposición de tiempo para dedicarse a participar y escribir. Ella suele tener “su media hora” por la noche, después de cenar, que la dedica más que nada a revisar sus tres casillas de correo, o a buscar información que le interesa de Uruguay, sobre todo “cultura, flora y fauna, paisajes, estar al corriente de actualidad, la prensa, pero “no es lo fundamental”. Generalmente las noticias las comenta con su marido, quien dijo limitarse a usar Internet para consultar sólo noticias y muy poco el correo electrónico. “Yo eso no lo hago, porque salgo de mi trabajo, después a comer, después a hacer la compra, después a hacer la cena, y cuando quieres acordar el tiempo se voló”.

El tiempo en general también se les vuela a las hermanas peruanas de la *Asociación de mujeres inmigrantes uno=uno*, Susana y Jacinta. Susana, de 52 años, hace 16 vive en Granada con su esposo, ambos profesionales. Hoy trabaja como profesora de apoyo en el Departamento de Orientación en un colegio privado en Granada, y además, como psicóloga, atiende pacientes en su casa. Si bien revisa su email a diario desde el trabajo, dice que desde su casa no tiene tiempo:

“por la dinámica de mi vida y mi trabajo (...) y las rutinas de ama de casa. Tengo una persona que me ayuda pero como mi marido trabaja fuera más que yo, las decisiones relacionadas con la dinámica de la casa las tomo yo, pequeños detalles, de comida, dónde van las cosas. Tengo que reconocer que, aunque estuviera mi esposo, se maneja el modelo un poco más antiguo, de que la mujer manda en su casa y el hombre se adapta”.

Según comentó, para ella la CMO no es algo prioritario más que para tareas relacionadas con un máster que está cursando, ya que para comunicarse con su familia prefiere el teléfono. Su hermana Jacinta de 51 años, vino para mejorar su situación laboral como auxiliar de educación

inicial. Desde que llegó a Granada en el 2005, trabaja como empleada doméstica interna cuidando a una señora mayor y tiene libres las tardes de 18 a 21 y 30 horas. Estando sola y recién llegada, cuenta que tenía mucho tiempo libre y que se dedicó a recorrer la ciudad y alrededores a pie. Cuando estuvo satisfecha, siguió el consejo de una amiga y se acercó a un centro de formación y empleo del ayuntamiento, donde le informaron sobre cursos de capacitación a distancia por Internet, una solución de formación compatible con su horario de trabajo. Ya sabía algo de manejo de ordenadores por cursos que hizo estando en Perú pero lo de Internet fue en Granada, un poco probando sola y otro poco con la ayuda de su hermana Susana:

“Allá [en Perú] no tenía tiempo porque estaba muy liada entre mi trabajo, mi casa y mi familia. No me daba tiempo de meterme en Internet ni para averiguar cosas, en cambio aquí sí. Yo me decía “*Lo haré un sábado o un domingo*” pero ya no me quedaba tiempo: el sábado a la lavadora, el domingo a la planchadora [sic], y ya el lunes otra vez. Y cuando tenía el tiempo para poder ir, ya estaba cansada, ya no me apetecía ir, me desganaba”.

En Granada fue a varias oficinas de formación y empleo por recomendación de una amiga compatriota. En Andalucía Orienta, se informó por primera vez de los cursos a distancia por Internet, y empezó a dedicar sus horas libres a formarse en talleres de búsqueda de empleo por Internet, de control de estrés y de las emociones, y uno de inglés, con duraciones de días o meses según el caso. Jacinta tiene dos hijos adolescentes, uno en Perú y otro que se vino poco tiempo después que ella. Cuenta como corría, literalmente, de su hogar como interna a Andalucía Orienta donde estaban los ordenadores para hacer los cursos, a su propia casa donde estaba su hijo sólo. Los fines de semana el chico cocinaba y ella podía dedicar las 5 horas diarias que, por ejemplo el curso de inglés, demandaba. Cuando la entrevisté, estaba cursando auxiliar de enfermería online y hacía pocas semanas que había llegado su marido de Perú a vivir con ella en Granada:

“Últimamente he dejado un poquito [el curso] porque está mi esposo recién llegado. Si él estuviera desde hace tiempo no pasaría nada porque se que se puede manejar solo. Pero me da pena también porque el niño está en sus estudios, entonces él está solito. Antes yo salía y estudiaba tanto en la casa donde trabajo como en mi propia casa, mi hijo se ponía a hacer sus cosas, y yo a estudiar a la par esas dos horas que salía. Pero ahora no puedo hacer eso porque me da pena ponerme a estudiar y que está mi esposo ahí sentado. Entonces he dejado un poco eso. No me gusta, pero ¿qué hago? también tengo que darle tiempo a mi esposo. Y el Internet también lo he dejado porque no me da tiempo para ir. Antes me iba día por medio a averiguar mis cosas de lo que estoy estudiando, pero desde que vino mi esposo he parado. Iba los sábados una horita, hora y media y entonces, otra vez corriendo”.

Capítulo 4. Conclusiones

En los últimos tiempos, es posible percibir un cambio de énfasis en ciertos enfoques académicos sobre Internet, especialmente desde las ciencias humanas y sociales. Se trata de un giro cualitativo y socioconstruccionista que busca contrarrestar y desafiar paradigmas tecnodeterministas y cuantitativos incapaces de dar cuenta de las complejidades y dinamismo de las sociedades contemporáneas. De los múltiples e interrelacionados pliegues que componen dicho giro, esta investigación se ha centrado en tres. Primero, la consideración de Internet como proceso cultural cambiante, producto y productor de múltiples universos de sentido, que se aleja de previas definiciones utilitaristas y monolíticas. En segundo lugar, la necesidad de comprender cómo Internet se articula en la vida cotidiana de grupos y personas diversos, al nivel micropolítico de lo personal y sociocultural, trascendiendo generalizaciones abstractas sobre sus impactos y efectos en la sociedad desde el enfoque macropolítico. En tercer lugar y en estrecha vinculación con los puntos anteriores, un interés renovado por entender estos procesos al nivel de usos que complementa estudios centrados en acceso e infraestructura de la red.

Todo ello adquiere especial relevancia para los Estudios Feministas sobre Internet como proyecto político de crítica y deconstrucción de los discursos hegemónicos que circulan en torno a las nuevas TIC, para a su vez generar perspectivas alternativas que visibilicen los complejos entramados de poder en juego y cómo ello interactúa con la situación de diversas mujeres en sus múltiples identidades étnicas, socioeconómicas y generacionales. Con estas premisas de trabajo, he desarrollado una investigación cualitativa tomando como caso de estudio la experiencias de un grupo de mujeres latinoamericanas inmigrantes residentes en Granada, España, por encontrar en la situación diaspórica una fuerte motivación destabilizadora de estereotipos con respecto a la tecnología. Acercarme, aunque sea parcialmente, a sus percepciones, expectativas, temores y motivaciones al incursionar como usuarias de Internet en el espacio de la diáspora, constituye una evidencia empírica sumamente rica que confirma pero también cuestiona varias asunciones sobre el espacio donde interseccionan tecnociencia, migración y diferencia sexual.

Ese espacio emergente de análisis y reflexión se nutre de varias corrientes de pensamiento, enfoques teórico metodológicos, discursos e intereses políticos y económicos a los que me he referido a lo largo del trabajo. Este apartado final intenta cerrar provisoriamente el recorrido, articulando los testimonios de las entrevistadas con ese entramado material y discursivo denso, complejo y por momentos contradictorio. Mi ambición ha sido generar un

aporte para pluralizar el debate sobre Internet y proponer futuras líneas de investigación interdisciplinaria en la que la perspectiva de género y el análisis interseccional de las interacciones entre tecnociencia, subjetividades y estructuras sociales adquieran mayor protagonismo en el contexto de la globalización.

La especificidad de este caso de estudio no pretende traducirse en generalizaciones de modo inductivo. Las categorías analíticas del saber científico son, ente todo, dinámicas, performativas y contextuales, por lo que un estudio similar al aquí propuesto podría, a lo sumo, ofrecer parámetros comparativos de interés, pero siempre dentro de los límites de su propia especificidad. Por ello esta investigación puede leerse como un manifiesto por deconstruir las generalizaciones sobre mujeres, migración e Internet, no en un afán relativista sino comprometido con problematizar asunciones ideológicas y de sentido común que simplifican los mecanismos de producción de significados con que vivimos la cotidianidad.

Uno de los hilos conductores de las diferentes secciones ha sido el cuestionamiento de la construcción de límites y dicotomías a varios niveles. En el capítulo primero he argumentado la necesidad de trascender los contornos contenedores de actitudes optimistas y pesimistas sobre las tecnociencia para abandonar todo enfoque efectista y abogar por uno que considere la interacción humana en términos complejos. El término tecnociencia actúa a su vez como hibridizador de oposiciones entre tecnología/ciencia, y de ambos con cultura y sociedad. Asimismo, he cuestionado las fronteras geopolíticas de los estados nación, siguiendo los enfoques postcoloniales que visibilizan y contextualizan históricamente las dinámicas actuales de circulación y flujo transnacional de personas, capitales e imaginarios. También he intentado matizar las fronteras conceptuales de las disciplinas académicas, al poner en diálogo las tradiciones de Estudios sobre Nuevos Medios, Migraciones y Género.

A nivel metodológico, mis opciones han intentado evidenciar las limitaciones de los estudios cuantitativos, con sus grados de abstracción y generalización, y la necesidad de complementarlos con matices cualitativos, que ofrecen las herramientas para construir conocimiento situado, encarnado en sujetos específicos y contextualizado en la vida cotidiana. Las micropolíticas de Internet vistas a la luz de la experiencia de mujeres migrantes particulares, problematiza los términos políticos y económicos en que se ha concebido la llamada *sociedad de la información* y su construcción de Otridad a través de la brechas digitales.

He argumentado que las mujeres latinas inmigrantes son triplemente construidas como Otras a nivel de rasgos identitarios que las fijan en categorías diferentes al sujeto universal masculino, al nativo europeo, y al usuario tipo de Internet. Las intervenciones feministas en los

debates sobre género y tecnociencia evidencian la ausencia de las mujeres en la producción de conocimiento tecnocientífico y la predominancia de un sujeto que se proclama universal pero es básicamente blanco, occidental, heterosexual, masculino y de clase media o alta. Lejos de desaparecer, este perfil ha predominado hasta el siglo XXI, encarnando el usuario tipo de las TIC en general y de Internet en particular, desde las políticas públicas hasta la publicidad y los videojuegos. Las estadísticas dan cuenta del paulatino aumento de grupos de usuarios antes “relegados”, pero su énfasis cuantitativo sobre acceso a la red invisibiliza dimensiones socioculturales que pesan en las actitudes y usos diferenciados de quienes no cuadran en dicho perfil universalizador.

Como investigadora, yo también he incurrido en fijar a mis entrevistadas, categorizándolas como mujeres latinas inmigrantes usuarias de Internet. Lo hice conscientemente en una suerte de “esencialismo estratégico” (Spivak 1984 citada en Ashcroft *et al.* 1998) para buscar, en la diversidad de sus perfiles y experiencias, aquellos elementos comunes que me permitieran bosquejar un patrón común.

Ahora bien, evidenciar los rasgos comunes de sus identidades es sólo el paso previo para transitar el terreno más rico, movedizo y múltiple de la subjetividad, en la que cada persona adapta, se apropia y modifica sus posibilidades y restricciones como sujetos inmersos en relaciones de poder. Es al nivel de la subjetividad que se puede encontrar en los discursos de otredad ciertas posibilidades y tácticas de negociación, resistencia y producción de nuevos sentidos. En el segundo capítulo propuse un lugar analítico para habitar llamado “otredad digital táctica”. Este concepto se nutre de la otredad inapropiada/ble (Haraway 1992:300) que problematiza la negatividad con que el pensamiento occidental entiende las diferencias, y de la otredad digital, lugar que reivindica el derecho a ser Otr@ al usuario universal de Internet.

La identidad inmigrante dada por la posición de las mujeres en el espacio de la diáspora, lejos de la familia, las amistades y el país de origen, revela cómo muchas de ellas se sintieron motivadas a superar los miedos, a negociar la falta de tiempo y a construir sentido propio para incursionar en Internet. El espacio de la diáspora, en su liminalidad, en su función bisagra de articular experiencias espacio-temporales diversas que simultáneamente cuestionan y continúan comportamientos y creencias arraigadas, se revela con capacidad para producir cambios a varios niveles. En la mayoría de los casos, el proyecto migratorio de las entrevistadas ha significado un cambio sustancial con respecto a sus usos informáticos y de Internet. Los cambios se manifiestan en múltiples direcciones pero de las narraciones se desprenden varias tendencias en los que hay un antes y un después de emigrar. En su nueva locación geopolítica, las entrevistadas sienten una

necesidad mayor de acceder a medios que les permitan una comunicación más fluida, más multimediática y más económica con sus familiares y amistades que permanecen en los países de origen. Internet posibilita intercambios de texto, voz e imágenes a muy bajo costo, en comparación con el teléfono, el recurso más utilizado hasta ahora. Esta necesidad práctica ha repercutido en pequeños grandes logros al nivel de sus subjetividades, en términos de autoestima, realización personal y la imaginación de nuevas posibilidades. Es en este sentido que encuentro en las expresiones de las mujeres un ejercicio autopoietico de crearse como agentes legítimas en informática e internet. Invierten tiempo y esfuerzos en algo que necesitan en lo inmediato para comunicación y trabajo, pero en sus palabras emergen más o menos explícitos, los procesos dinámicos de su continua construcción como sujetas.

En sus narraciones he identificado un doble movimiento erosionador de los estereotipos asociados a la tecnociencia, ya que 1) han desafiado la imagen del usuario tipo de Internet en términos de género, edad, clase y etnia, y 2) al proyectarse como usuarias, han superado sus propias barreras personales, miedos e inseguridades, revalorizando el tiempo propio y sus capacidades cognitivas. Prefiero no describir este proceso como ruptura del sistema género, sino con más precaución, aludir a erosión o grieta, ya que muchas de sus prácticas y expectativas en Internet están vinculadas a roles femeninos de madres, esposas y amas de casa, alimentando las tendencias feminizadoras de Internet como nicho de mercado para captar a las mujeres como consumidoras online de productos de belleza, del hogar, de maternidad, entre otros.

Sus testimonios, como vimos en el capítulo tercero, revelan su valoración positiva de Internet como algo moderno, necesario para integrarse al mundo actual, para mejorar las condiciones laborales y educativas y dinamizar las relaciones afectivas. De las mujeres que reconocieron tener dificultades o temores con respecto a los ordenadores, no lo hicieron como mujeres sino atribuyendo causas generacionales. No hay por tanto una conciencia feminista propia que visibilice su posición subordinada construida por los ciberdiscursos del sistema patriarcal y cómo ello afecta su interacción con Internet, sea a nivel práctico de tener tiempo para ello, como al nivel más abstracto en la valoración cultural que se hace de quién o para qué usar Internet y los ordenadores.

La construcción de sentido no es por tanto unidireccional ni homogénea, sino que es un proceso diverso, múltiple y dinámico en el que cada sujeto articula sus propias experiencias y universos simbólicos con saberes compartidos a nivel social. Por ello, el sentido de Internet no se inscribe en un espacio ajeno al de la vida cotidiana, sino que es construido por los sujetos como continuidad y complemento, sea de roles tradicionales como madres o de roles antes

inexplorados como los espacios formativos en los cursos a distancia o el comercio electrónico, por citar algunos ejemplos provistos por los testimonios de las entrevistadas. Esta línea de reflexión e investigación sugiere múltiples caminos a profundizar en un proyecto futuro sobre usos minoritarios de Internet, en el que los términos de la discusión no se limiten a quiénes tienen PC, cuántos usuarios acceden a Internet, o si la niña de la canción abre su email.

Espero de este modo poder contribuir a los debates contemporáneos sobre Internet, desde la perspectiva que enfatiza la necesidad de considerar la tecnología no como un fin o un bien en sí mismo, sino como procesos dinámicos que construyen y son construidos por las personas y grupos sociales. Ello podría contrarrestar, o al menos matizar, los discursos tecno-optimistas sobre el potencial democratizador y revolucionario de Internet (especialmente impulsado por las multinacionales de telecomunicaciones y otros grupos de interés económico). O los discursos tecno-pesimistas que deslegitiman las posibilidades de diferentes personas o grupos para apropiarse de la tecnología y adaptarla a sus propias necesidades.

..... O

Bibliografía

- Ahmed, Sara (2003) “This other and other others”, in *Economy and Society*, 31(4): 558-572
- _____ (2000) *Strange Encounters: Embodied Others in Post Coloniality*. London: Routledge
- AlfaBeta (sin fecha) “Proyecto para la Alfabetización Mediática y Digital de Mujeres Inmigrantes” en <http://www.moviments.net/maite/AlfaBeta/category/si/media/> accedido el 21/02/09
- Anderson, Benedict (2006) *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*. London: Verso Books [1983]
- APC (2005) "ICT Policy Handbook". <http://rights.apc.org/handbook/index.shtml> accedido el 5/05/09
- Appadurai, Arjun (2002) “Here and now” In Nicholas Mirzoeff (ed) *The Visual Culture Reader*. London, New York: Routledge
- Ashcroft *et al.* (eds.) (1998) *Key Concepts in Postcolonial Studies*. London: Routledge
- Bakardjieva, Maria (2005) *Internet society: The internet in everyday life*. London: Sage
- Balsamo, Anne (1997) “The Virtual Body in Cyberspace”, in *Technologies of the Gendered Body. Reading Cyborg Women*. Duke University Press
- Barnes, Barry (2005) “Elusive Memories of Technoscience”. *Perspectives on Science* 13(2): 142-165
- Bhabha, Homi K. (1994) *The Location of Culture*. London: Routledge
- Bonder, Gloria (2002) *Las nuevas tecnologías de información y las mujeres: reflexiones necesarias*. Santiago de Chile: CEPAL-ECLAC
- Brah, Avtar (2003) “Diaspora, Border and Transnational Identities” in: Lewis, Reina & Mills, Sara (eds.) *Feminist Postcolonial Theory: A Reader*. Edinburgh: Edinburgh University Press, pp. 613-634 [1996]
- Braidotti, Rosi (2008) “In Spite of the Times: The Postsecular Turn in Feminism” *Theory Culture Society*, 25(1) London: Sage, en <http://tcs.sagepub.com/cgi/content/abstract/25/6/1> accedido el 1/05/09
- _____ (2002) “The Uses and Abuses of the Sex/Gender Distinction in European Feminist Practices”, in Braidotti, Rosi & Griffin, Gabrielle (2002) *Thinking Differently: a reader in European Women’s Studies*. London: Zed Book

____ (1996) "Cyberfeminism with a difference"
http://www.let.uu.nl/womens_studies/rosi/cyberfem.htm accedido el 23/05/09

____ (1994) *Nomadic Subjects: Embodiment and Sexual Difference in Contemporary Feminist Theory*. New York: Columbia University Press

- Buchanan, Ian (2000) *Michel de Certeau: Cultural Theorist*. London: Sage
- Casa Isadora Duncan (2008) Jornada "Mujer, Inmigración y Nuevas Tecnologías"
<http://isadoraduncan.es/es/node/422> accedido el 15/05/09
- Castaño, Cecilia (ed) (2008) *La segunda brecha digital*. Madrid: Cátedra
- Castells, Manuel (2000) "Materials for an exploratory theory of the network society"
British Journal of Sociology 51(1):5–24
- ____ (1996) *The Rise of the Network Society*. Oxford: Blackwell
- Cockburn, Cynthia & Ormrod, Susan (1993) *Gender and technology in the making*. London: Sage
- Code, L. (1998). "Epistemology". Jaggar, A.M. and Young, I.M. (1998) *A companion to Feminist Philosophy*. Oxford: Blackwell
- Daryl Slack, J. and J.M.Wise (2002). "Cultural Studies and Technology" en Lievrouw, L.A. y Livingstone, S. (2002) *Handbook of New Media. Social Shaping and Consequences of ICTs*. London: Sage
- de Certeau, Michel (1986) *Heterologies: discourse on the other*. Minneapolis: University of Minnesota Press
- Deleuze, Gilles & Guattari, Félix (1987) *A Thousand Plateaus. Capitalism and Schizophrenia*. University of Minnesota Press
- Dempsey, Sarah E.(2009) "The Increasing Technology Divide" *Feminist Media Studies* 9(1):37-55. <http://dx.doi.org/10.1080/14680770802619482> accedido el 14/04/09
- Dirlik, Arif (1997) 'The Global in the Local': The Postcolonial Aura. Third World Criticism in the Age of Global Capitalism" in: Anne McClintock and Aamir Mufti (eds) *Dangerous Liaisons. Gender, Nation and Postcolonial Perspectives*. Minneapolis: University of Minnesota Press
- Eco, Umberto (1995) *Apocalípticos e integrados*. México y Barcelona: Lumen y Tusquets. [1965]
- EMTEL. "Diasporic Minorities and their Media in the EU: a Mapping". *European Media Technology and Everyday Life Network*.
http://www.lse.ac.uk/collections/EMTEL/Minorities/project_home.html accedido el 21/05/09

- Escobar, Arturo (2002) “The Problematization of Poverty: the Tale of the Three Worlds and Development”. Schech, S. & Haggis, J. (eds) *Development: A Cultural Studies Reader*. Oxford: Blackwell
- Everett, Anna (2004) “On Cyberfeminism and Cyberwomanism: High-Tech Mediations of Feminism’s Discontents”. *Signs: Journal of Women in Culture and Society* 30(1) University of Chicago
- Featherstone, Mike & Burrows, Roger (1995) “Cultures of Technological Embodiment: An Introduction”, in *Body & Society* 1(3-4):1-19
- Fernández, Maria (1999) “Postcolonial Media Theory” in *Art Journal* 58(3)
- Flichy, Patrice (2007) “The Body and Virtual Reality” in *The Internet Imaginaire*. Massachusetts Institute of Technology [2001]
- FMSH (sin fecha) Fondation Maison des Sciences de l’Homme en <http://www.msh-paris.fr/> accedido el 13/04/09
- Foucault, Michel (1988) *Las palabras y las cosas: una arqueología de las ciencias humanas*. México: Siglo XXI [1966]
- Frissen, Valerie (2005) “The myth of the digital divide”. En *E-merging media: Communication and the media economy of the future*, European Communication Council Report. Berlin: Springer
- FA (sin fecha) Folleto informativo de la Fundación Albihar
- García Ramilo, Chat (2007) *Global Information Society Watch 2007 Report* en www.globaliswatch.org accedido el 21/05/09
- Gaya, Berta (sin fecha) “Mapping Minorities and their Media: The National Context – Spain”, en <http://www.lse.ac.uk/collections/EMTEL/Minorities/papers/spainreport.pdf> accedido el 13/04/09
- Gill, Keith & Grint, Rosalind (1995) *The Gender-Technology relation: contemporary theory and research*. London: Taylor and Francis
- Godzich, Wlad (1986) “The Further Possibility of Knowledge” en de Certeau, Michel (1986) *Heterologies: discourse on the other*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Gregorio Gil, Carmen (1998) *Migración femenina. Su impacto en las relaciones de género*. Madrid: Narcea
- Guadalinfo (sin fecha) Red Guadalinfo, Comunidad de Andalucía. <http://www.guadalinfo.es> accedido el 13/05/09
- Guber, Rosana (2001) “La entrevista etnográfica o el arte de la no direccionalidad ” en *La etnografía. Método, campo y reflexividad*. Buenos Aires: Norma, pp. 75-100

- Gupta, Sanjay (2004) "ICTs for the Poorest of the Rural Areas- Now and How?". Communication for Development, Malmö University, en webzone.k3.mah.se/projects/gt/webmag/webmag_members/download.asp?file=40914094413572. accedido el 7/5/09
- Gurumurthy, Anita (2004) *Gender and ICT. Overview report*. Institute of Development Studies, en http://www.bridge.ids.ac.uk/reports_gend_CEP.html#icts accedido el 5/05/09
- Hall, Stuart (1997) "Introduction" in Hall, Stuart (ed) *Representation: Cultural Representations and Signifying Practices*. London: Sage

- _____ (1993) "Cultural Identity and Diaspora" In Williams, Patrick & Laura Chrisman (eds) *Colonial Discourse & Postcolonial Theory: A Reader*. New York: Columbia University Press

- Haraway, Donna (2004) *The Haraway Reader*. New York: Routledge

- _____ (1997) *Testigo_modesto@segundo_milenio Hombrehembra_conoce Oncoratón*. New York: Routledge

- _____ (1992) "The Promises of Monsters: A Regenerative Politics for Inappropriate/d Others". Grossberg, L., Nelson, C. & Treichler, P.A. (eds) *Cultural Studies*. New York: Routledge

- _____ (1991) "A Cyborg Manifesto: Science, Technology, and Socialist-Feminism in the Late Twentieth Century," in *Simians, Cyborgs and Women: The Reinvention of Nature*. New York: Routledge

- Harding, Sandra (1993) "Rethinking Standpoint Epistemology: What is 'Strong Objectivity'?" en Alcoff, L. y Potter, E. (eds), *Feminist Epistemologies*. Routledge: New York/London

- _____ (1986) "Chapter 6: From Feminist Empiricisms to Feminist Standpoint Epistemologies" en Harding, S. *The Science Question in Feminism*. Ithaca/London: Cornell University Press

- Hayles, N. Katherine (2003) "Flesh and Metal: Reconfiguring the Mindbody in Virtual Environments" in Robert Mitchell & Phillip Thurtle (eds) *Data Made Flesh: Embodying Information*. London: Routledge

- _____ (1999) "Towards embodied virtuality" en *How we became posthuman: Virtual Bodies in Cybernetics, Literature and Informatics*. University of Chicago Press, pp.1-24

- Henwood, Flis (2001) *Cyborg Lives? Women's Technobiographies*. York: Raw Nerve

- _____ (1993) "Establishing Gender Perspectives on Information Technology: Problems, Issues and Opportunities", en Green, E. et.al (eds) *Gendered by design? Information*

technology and office systems. Bristol: Taylor and Francis

- Hertz, Noreena (2001) *The Silent Takeover: Global Capitalism and the Death of Democracy*. London: William Heinemann
- Hickerson, Nancy (1992) “Emics and Etics: The Insider/Outsider Debate”. *American Anthropologist* 94(1):186-187. Oxford: Blackwell
<http://www.jstor.org.proxy.library.uu.nl/stable/pdfplus/680058.pdf> accedido el 24/05/09
- Highmore, Ben (2002) “Michel de Certeau's poetics of the everyday life” en Highmore, Ben *Everyday life and Cultural Theory*. New York: Routledge
- Hill Collins, P. (1991) 'Toward an Afrocentric Feminist Epistemology' en Hill Collins, P., *Black Feminist Thought. Knowledge, Consciousness and the Politics of Empowerment*. New York/London: Routledge
- Hiller, Harry & Franz, Tara (2004) “New ties, old ties and lost ties: the use of the internet in diaspora”, *New Media and Society* 6(6):731–752
- Hoofd, Ingrid Maria (2008) “Feminist activism in the high-tech West. The complicity of transversal and networked politics in speed”, en Oleksy, E; Peto, A. and Waaldijk, B. (eds) *Gender and Citizenship in a multicultural context*. Berlin/New York: Peter Lang
- Hui Kyong Chun, Wendy (2002) “Othering space” in Nicholas Mirzoeff (ed) *The Visual Culture Reader*, London, New York: Routledge
- ITU(2006) “Female Internet users as % of total Internet users”. Market Information and Statistics Unit. International Communication Union
http://www.itu.int/ITU-D/ict/statistics/at_glance/f_inet.html accedido el 28/07/09
- Jaggar, Alice (1983) *Feminist Politics and Human Nature*. Totowa, Rowman & Allanheld
- Ledwith, Valerie *et. al.* (2002) “Immigration, the internet, and spaces of politics”, *Political Geography* 21: 989–1012
- Leander, Keavin (2002) “Locating Latanya: The Situated Production of Identity Artifacts in Classroom Interaction”, *Research in the Teaching of English* 37(2):198-250
- Leigh Morbey, Mary (2005) “From Cybercolonialism to Cyberglobalization: A Virtual Shifting of Cultural Identity on National Museum Websites”, en http://www.banffcentre.ca/bnmi/programs/archives/2005/refresh/docs/conferences/Mary_Leigh_Morbey.pdf
- Leigh Star, Susan & Bowker, Geoffrey C. (2002) “How to infrastructure” en Lievrouw, L.A. y Livingstone, S. (eds.) *Handbook of New Media. Social Shaping and Consequences of ICTs*. London: Sage
- Leung, Linda (2005) *Virtual Ethnicity: race, resistance and the World Wide Web*. Aldershot: Ashgate

- Lie, Merete (2003) “The new Amazons. Gender symbolism on the Net” en Lie, Merete (ed) *He, She and IT Revisited: New Perspectives on Gender in the Information Society*. Oslo: Gyllendal Norsk Forlag
- Lievrouw, L.A. y Livingstone, S. (eds.) *Handbook of New Media. Social Shaping and Consequences of ICTs*. London: Sage
- Lovell, Terry *et.al.* (1997) *A Concise Glossary of Feminist Theory*. London: Arnold
- Lutz, Helma (1997) “The Limits of European-ness: Immigrant women in Fortress Europe”, *Feminist Review* 57: 93–111
- Lykke, Nina (2002) “Feminist Cultural Studies of Technoscience and Other Cyborg Studies. A Cartography” en *The Making of European Women's Studies IV*. Athena
- Mahan, Amy (2007) “ICT indicators for advocacy” en *Global Information Society Watch 2007 Report*. Montevideo: APC and ITeM
- Mansell, Robin (2008) “The Life and Times of The Information Society: A Critical Review”. Fifth Anniversary Conference of the Department of Media and Communications, 'Media, Communication & Humanity'. London School of Economics and Political Science, London
- Massey, Doreen (2001) “Talking of space-time” en *Transactions of the Institute of British Geographers, New Series* 26(2). London: Blackwell. pp. 257-261.
- Media Awareness Network. “Who is surfing the Web (U.S.)?” en <http://www.media-awareness.ca> accedido el 8/8/09
- Mierzoeff, Nicholas (2001) “Virtuality: From virtual antiquity to the pixel zone”. *An Introduction to Visual Culture*. London: Routledge [1999]
- Mitra, Ananda (2001) “Marginal Voices in Cyberspace”. *New Media Society* 3(29)
- _____ (2005) “Theorizing cyberspace: the idea of voice applied to the Internet discourse”. *New Media Society* 4(4), pp. 479-498
- Mohanty, Chandra Talpade (2003) “Under Western Eyes: Revisited. Feminist Solidarity through Anticapitalist Struggles”, en *Feminism without borders*. Duke University Press
- _____ (1984) “Under Western Eyes: Feminist Scholarship and Colonial Discourses” , *boundary 2*. Duke University Press
- Morales Martín, Juan Jesús & Rodríguez Rodríguez, María del Carmen (2008) “Inmigración y ciudad digital: reflexiones en torno a la tercera brecha digital”. VI Congreso Portugués de Sociología, 'Mundo Sociais: saberes e práticas', Lisboa. En <http://www.cibersociedad.net/archivo/articulo.php?art=232> accedido el 21/3/09

- Mosco, Vincent (2004) “Myth and Cyberspace” en *The Digital Sublime. Myth, Power, and Cyberspace*. Massachusetts Institute of Technology
- Munt, Sally (ed.) (2001) *Technospaces: Inside the New Media*. London: Continuum
- Nakamura, Lisa (2002) “Where Do You Want to Go Today? Cybernetic tourism, the Internet, and transnationality” in Nicholas Mirzoeff (ed) *The Visual Culture Reader*. London, New York: Routledge
- OPTE (sin fecha) “Maps” en *The OPTE Project*. <http://opte.org/maps/> accedido el 11/08/09
- Paasonen, Susanna (2000) “Free Tourists in the Land of Plenty? from cyberdiscourse towards politics of location”. *Communication Front 2000 Book, Crossing Points East-West*. En <http://www.cfront.org/cf00book/en/susanna-location-en.html> accedido el 21/3/09
- Pilcher, Jane and Whelehan, Imelda (2004). *50 Key Concepts in Gender Studies*. London: Sage
- Piscitelli, Alejandro (sin fecha) “Inmigrantes digitales vs. nativos digitales. La migración digital, un concepto bastante ambicioso” en <http://portal.educ.ar/debates/educacionytic/nuevos-alfabetismos/inmigrantesdigitales-vs-nativos-digitales.php> accedido el 24/05/09
- Plant, Sadie (1998) *Zeros and Ones: Digital Women and the New Technoculture*. London: Fourth Estate
- Ponzanesi, Sandra (2002) “Diasporic Subjects and Migration”, in Braidotti, Rosi & Griffin, Gabrielle (eds) *Thinking Differently: a reader in European women's studies*. London: Zed Books
- Poster, Mark (2001) “Cyberdemocracy: Internet as a public sphere?”, in Poster, M. *What's the matter with the Internet?* Minneapolis: University of Minnesota Press
- Ramonet, Ignacio *et.al.* (2004) *Abecedario (subjetivo) de la globalización*. Barcelona: Seix Barral
- Ros, Adela *et. al.* (2006) “Migration and information flows. A new lens for the study of contemporary international migration” en <http://www.ticm.msh-paris.fr/spip.php?article85&lang=es> accedido el 13/04/09
- Said, Edward (1995) “Introduction” en *Orientalism. The Western Conception of the Orient* London: Penguin [1978] pp.1-28
- Sainsbury, Diane (1999) “Gender, Policy Regimes and Politics” en Sainsbury, Diane *Gender and Welfare State Regimes*. Oxford: Oxford University Press, pp. 245-277

- Salazar Parreñas, Rhacel (2001) *Servants of globalization: women, migration and domestic work*. Stanford University Press
- San Martín, J. (1985) *La antropología. Ciencia humana, ciencia crítica*. Barcelona: Montesinos
- Sassen, Saskia (2003) *Contrageografías de la globalización: género y ciudadanía en los circuitos transfronterizos*. Madrid: Traficantes de Sueños
- Sassower, Raphael. (1995) *Cultural Collisions: Postmodern Technoscience*. New York: Routledge
- Segura, Denise & Zavella, Patricia (2008) “Introduction. Gendered Borderlands”. *Gender & Society* 22(5) pp. 537-544
- Shuval, Judith T. (2000) “Diaspora Migration: Definitional Ambiguities and a Theoretical Paradigm”. *International Migration* 38(5)
- Silverstone, (2003) “Media and Technology in the Everyday Life of European Societies”. Media@lse, London School of Economics and Political Science, en www.lse.ac.uk/collections/EMTEL/.../silverstone_2003_emptel.pdf accedido en 21/05/09
- Spender, Dale (1995) *Nattering on the Net: Power and Cyberspace*. Melbourne: Spinifex
- Stiglitz, Joseph (2003) *El malestar de la globalización*. Madrid: Taurus
- Sturken, Marita & Cartwright, Lisa (2001) “Scientific looking, looking at science” and “Glossary” in: *Practices of Looking. An introduction to visual culture*. Oxford University Press
- Tejedor, Santiago & Pinto, Ana (2008) “La mujer y el inmigrante en Internet”. Actas do 5º Congresso da Associação Portuguesa de Ciências da Comunicação. Centro de Estudos de Comunicação e Sociedade Universidade do Minho, en <http://lasics.uminho.pt/ojs/index.php/5sopcom/article/viewFile/155/151> accedido el 21/3/09
- Tucho, F.M. et al (2005) “Democracia digital: nuevos medios y participación ciudadana. Experiencias en la red de la población inmigrante en España”, en *Portuaria* V(2) Universidad de Huelva, en <http://rabida.uhu.es/dspace/handle/10272/503> accedido el 21/3/09
- Turkle, Shirley (1997) *Life on the Screen: Identity on the Age of the Internet*. New York: Touchstone [1995]
- Van Dijk, J. (2006) *The network society: Social aspects of new media*. London: Sage
- Van Dijk, J. & Hacker, K. (2003) “The Digital Divide as a Complex and Dynamic Phenomenon”. *The Information Society* 19: 315–326

- Van Zoonen, Liesbet (2001) “Feminist Internet Studies”. *Feminist Media Studies* 1(1)
- Vehviläinen, Marja (2002) “Gendered agency in Information Society: on located politics of technology”, en Paasonen, Susanna & Consalvo, Mia. (eds.) *Women and Everyday Uses of the Internet: Agency and Identity*. New York: Peter Lang Publishing
- _____ (2000) “Understandings of Gender and Information Technology”, en Mörtberg, Christina (ed) *Where do we go from here? Feminist Challenges to Information Technology*, Luleå University of Technology, Sweden. pp.17-38.
- Wajcman (2006) *El tecnofeminismo*. Madrid: Cátedra
- _____ (1991) *Feminism confronts technology*. Cambridge: Polity
- Webster, Frank (2002) *Theories of the Information Society*. London: Routledge
- Young, Brigitte (2002) “Globalization and Gender: a European perspective” en Becker-Schmidt, R. *Gender and Work in Transition: Globalization in Western, Middle and Eastern Europe*. Leske Budrich, Opladen
- Yuval-Davis, Nira (1994) “Women, Ethnicity and Empowerment” en Bhavnani, Kum-Kum & Phoenix, Ann. *Shifting Identities, Shiting Racisms. A Feminism & Psychology Reader*. London: Sage. pp. 179-198
- Zafra, Remedios (2005) *Netianas. N(h)acer mujer en Internet*. Madrid: Ediciones Lengua de Trapo